MASTER
NEGATIVE
93-81644-11

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

CAMPOAMOR, RAMON DE

TITLE:

EL IDEISMO.

PLACE:

MADRID

DATE:

1883

Master Negative #

93-81644-11

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86C15 Campoamor, Ramon de. 1817-1901.
Q1 El ideísmo. 199p. S.
Madrid 1883.

Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8/10/93 INITIALS F.C.
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

AIIM

Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

Centimeter

Inches

MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

GUSTAV E. STECHERT
828 Broadway
NEW-YORK.

Class 86C15 Book Q1

Columbia College Library
Madison Av. and 49th St. New York.

Beside the main topic this book also treats of

Subject No.	*On page*	*Subject No.*	*On page*

EL IDEÍSMO.

EL IDEÍSMO

POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA
Y PRESIDENTE DE LA SECCIÓN DE LITERATURA Y ARTES
DEL ATENEO DE MADRID (DE 1882 Á 1883)

MADRID
IMPRENTA CENTRAL A CARGO DE V. SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1883

PLAN DE ESTE RESUMEN.

INTRODUCCIÓN.
CAPÍTULO I. — Del principio de las ideas.
CAPÍTULO II. — Del desarrollo de las ideas en el orden ontológico.
CAPÍTULO III. — Del desarrollo de las ideas en el orden cosmológico.
CAPÍTULO IV. — Del desarrollo de las ideas en el orden antropológico.
CAPÍTULO V. — De la marcha de las ideas en las ciencias.
CAPÍTULO VI. — De la marcha de las ideas en el arte.
CAPÍTULO VII. — De la marcha de las ideas en la historia.
CAPÍTULO VIII. — Del fin de las ideas.

98786

INTRODUCCIÓN.

I.

¡Cuánto va á sorprender á la sección de literatura del Ateneo la estupenda noticia de que *hasta el Sr. Cánovas del Castillo se puede equivocar!*

En el último discurso del ilustre Presidente del Ateneo, aunque á vueltas de salvedades que le honran como pensador, dice lo siguiente: «La verdadera filosofía parece como que al presente *duerme, rendido el cuerpo á la fatiga*. Mientras no aparezcan nuevas direcciones que den siquiera remota esperanza de llegar más lejos, ó de subir más arriba, conviene ahora *hacer alto* y esperar por algún tiempo, hasta que naturalmente recobre la metafísica su imperio y despierte el pensamiento filosófico con nuevo brío, de-

dicando nuestra actividad, *en el ínterin*, á *otros ramos del saber*.»

¿Pero es que el Sr. Cánovas del Castillo cree que puede existir ningún ramo del saber del cual no constituya la parte más principal la metafísica? ¿No sabe mejor que yo, que todo cuanto pasa en la historia del mundo es producido por la *presencia*, ó la *ausencia*, de corrientes de ideas filosóficas? ¿Puede permitir el Sr. Cánovas que sigamos llamando nuestros *principios* á nuestras *opiniones* particulares, sin fijarnos en que sólo es un principio aquello de que se puede deducir una filosofía, una moral y un arte?

El Sr. Cánovas, historiador infatigable, ¿podrá prescindir de la filosofía, que obra en la vida como la luna en el mar, produciendo con su ausencia ó su presencia el flujo y reflujo de las mareas sociales?

¿Le parece que á esta brillante juventud del Ateneo la debemos dejar que siga viviendo intelectualmente en compañía de esos sabios de temporada, llamados Comte, Maleschot, Bernard, Buchner, Spencer, y otros, dignos todos de que los despoje de la dictadura intelectual que ejercen la majestad del estilo del Sr. Cánovas, que sería mucho más eficaz que las burlas de mis veras y las veras de mis burlas?

El Sr. Cánovas, de acuerdo con un fisiólogo, llama *trabajo especulativo contemporáneo* á unos enigmas que siempre lo serán, en que entran exclusivamente la *materia*, la *fuerza*, la *vida*, la *sensación*, etc.

Pero, supuesta la brutalidad del hecho, ¿de qué sirve esta suposición para la ciencia? De nada.

En vano llamará el Sr. Cánovas *ramos del saber* al *Positivismo* y á sus hermanos gemelos el *Materialismo* y el *Ateísmo*, tres escuelas que se diferencian solamente en que el Positivismo es el principio, el Materialismo el medio y el Ateísmo el fin.

No se puede llamar saber á las inspecciones de Claudio Bernard, que, como nos dijo con mucha oportunidad el Sr. Zahonero, recomendaba á sus discípulos que, al entrar en su cátedra, «dejasen el *alma* á la puerta,» quedándose de este modo aquellos cuerpos vivos tan muertos para el saber como los cadáveres que disecasen.

¿Se puede esperar algún resultado científico de la doctrina de Maleschot, que decía que «la *materia* gobierna al hombre;» ó de la de Buchner que, estropeando la sencilla frase de Cabanís de que «el pensamiento es una *secreción* del cerebro,» dice que «la actividad del alma es una *función* de la sustancia cerebral?»

¡Sustancia cerebral! ¡materia bruta!

¡Qué cantidad tan enorme de masa hercúlea! ¿No es verdad que estos Anteos de la ciencia, con tanta *fuerza* y tanta *materia* parece que quieren dar á los aficionados españoles un curso sobre el modo de derribar reses?

II.

Dos volúmenes de psicología, que en el fondo son una mala fisiología, emplea Spencer en hacer preludios tocando los nervios de personas y de cosas material y fisiológicamente, para hacer creer que está ejecutando arpegios anímicos, cuando aquel toqueteo mecánico sólo produce una música sin melodía y sin alma. Spencer, materialista franco, pero inconsecuente y renegado para los ortodoxos de su oficio, después de negar la metafísica rechaza en parte el materialismo, admitiendo un espíritu al que llama, según nos dijo el Sr. González Serrano, la tenebrosa región de lo *incognoscible*.

En esta contradicción de ser algo metafísico sin conocerlo, Spencer ha imitado al fundador del positivismo, Augusto Comte, que, creyéndose un gran filósofo también

porque era un poco frenólogo, empieza por asegurar por cuenta propia que la *teología* es una ficción, *porque no hay Dios;* y que la *metafísica* es un sueño, porque no hay *causa;* y que por consecuencia lo único que se puede ver es el *hecho* exterior; y rechaza todo lo absoluto y suprasensible, deteniéndose en lo *positivo*, en lo *real*, en lo *relativo*, en lo *útil*. Y al llegar aquí me interesa mucho preguntar al Sr. González Serrano si lo *útil* positivo es una satisfacción del cuerpo ó una alegría del alma; porque yo conozco algún aficionado á comprar navajas primorosas, y jamás le ha servido ninguna para cortar ni un bramante.

Y mientras el Sr. González Serrano, positivista de gran mérito, por caso fortuito, nos ilustra sobre lo que entiende Comte por *utilidad*, le confesaré que, gracias á las ciencias positivas, estamos en posesión de la utilidad de más aire, de más luz, de más agua, de más tierra; pero todo esto, como decía Heine, «hace más larga la cadena de nuestra esclavitud.» No son esas las utilidades dignas del hombre.

La esperanza no tiene más que utilidades *en proyecto*, y es la única virtud que nos hace felices.

III.

No quiero dejar de hablar de Augusto Comte sin hacer resaltar antes algunas de sus contradicciones más candorosas.

Después de fundar una religión sin Dios y sin inmortalidad, llamada la religión de la *humanidad*, que consiste en sustituir el culto de los santos por *la adoración de los grandes hombres;* habla, antes que Spencer, de lo *desconocido*, que es la *metafísica*, que no comprende, aunque la reconoce. Esto prueba que si las ciencias positivas las componen los hombres en los libros, la metafísica la ha escrito Dios en las almas.

Por eso no extraño que, ahogado Comte con el incienso que se tributa á sí mismo como santo de la humanidad, su alma, que era buena, caiga en la inconsecuencia de elevarse para adorar, sin conocerle, á un principio ontológico superior, en nombre del cual, después que ha proclamado el imperio del *hecho* y de lo *relativo*, celebra el noble deseo de *vivir para otro*, y habla de *virtud* y de sacrificios por la *humanidad;* lo cual en

su sistema es lo mismo que si dedujese la *castidad* de la conducta de Venus, y la *dignidad* del hombre de las tolerancias de Vulcano con su mujer.

IV.

Y continuando la serie de adorables inconsecuencias del jefe de todos los positivistas, añadiré que, así como el catolicismo, después de excluir del servicio del templo á las mujeres, por miedo sin duda al prestigio del sexo, las protege y defiende calurosamente en el orden social como las depositarias más sinceras de los principios de la ontología, de esa ciencia de las *intuiciones*, que Kant llamaba *visiones puras*, los pesimistas actuales, parientes de Augusto Comte, desde las impotencias acaso no sólo intelectuales de Schopenhauer y Leopardi, han emprendido contra las mujeres una estúpida campaña.

Pero Comte no ha sido el iniciador de esta sistemática falta de galantería. Al contrario: después que nos quiere hacer pasar como cosa divina á una docena de grandes granujas que yo he conocido en mis cortos viajes por

el mundo de la historia, concluye diciendo: «Y es muy natural que la religión de la humanidad comprenda también la *adoración de la mujer*, y que se la tribute *un culto á la vez público y privado*.» Esto ya es hablar como un sacerdote de la humanidad, según le apellidan sus discípulos. Donde hay una mujer, existe una familia probable, y una intuición ontológica de Dios segura: dos instituciones que serán siempre la salvaguardia de toda sociedad bien organizada.

Cuando los sabios comienzan á inducir algo, las mujeres, con su ciencia innata de las *evidencias*, ya lo han deducido todo.

Comparando los argumentos baladíes y especiosos que hacen los pesimistas contra el talento de las mujeres, con las inspiraciones racionales que ellas tienen, y á las cuales llaman *corazonadas*, se ve que los filósofos parecen unos zotes, y las mujeres unas Sibilas claravidentes.

Como se dice vulgarmente, cuando los hombres van, las mujeres ya han vuelto.

El genio femenino es tan perspicaz y tan insinuante, que si esa nueva secta de pedagogos, que sólo debiera estar compuesta de jóvenes derretidos y viejos verdes, insiste en llevar adelante la educación *científica* de la mujer, acabará por convertir al mundo entero en una verdadera isla de San Balandrán.

He visto muchas esposas de sabios, de esas á las cuales Schopenhauer aplica el epigrama griego de «cabellos largos é ideas cortas,» despreciar á sus esposos por ignorantes.

Y esto tiene su explicación.

Las colecciones de pedruscos, de bichos y de yerbajos les parecen á muchas mujeres discretas ocupaciones de maridos simples.

Frecuentemente los análisis masculinos se ven rectificados por síntesis femeninas.

Sin necesidad de análisis, un cerebro de mujer suele ser un joyero de verdades de evidencia metafísica.

Todas las pruebas cosmológico-psicológicas que ha acumulado Kant contra la existencia de Dios, valen menos y son menos científicas que la rápida intuición teológica del Dios providente de una niña de diez años.

Cuando Eduardo de Hartman, infiel á su maestro, que quería suprimir la *generación por la castidad*, se casó, me figuro que su mujer, al verle dormir como un cachorro después de *las delicias del amor*, habrá dicho alguna vez con desprecio de su marido: «¿Conque es preferible al bienestar del hombre el del buey y el del puerco? ¡Infeliz! ¡Cuánto más racionales son los insomnios de tus sueños que los sueños de tus desvelos!»

Esto habrá dicho la mujer de Hartman,

que, como todas las mujeres, tendría en su tocador alfileres honestos para sujetar sus velos, con el objeto de que el aire no comprometiese sus pudores, y broches sacramentales para unir con ellos el cielo con la tierra.

El Sr. Castelar ha creído chistoso hacer pública una aserción mía, dicha en una conversación particular, de que me son profundamente antipáticos las mujeres, los curas, los militares y los príncipes librepensadores.

Y lo que dije lo repito. No hay verdaderas instituciones religiosas, políticas ni sociales, cuando lo humano no se ata á lo divino con el lazo de la unción. Los matrimonios *bendecidos*, los sacerdotes *ordenados*, los reyes *ungidos* y los héroes *jurando por Dios* sobre su espada ser fieles á las leyes del honor, siempre serán instituciones santas de las cuales no se podrá prescindir mientras Dios no deje de su mano los organismos sociales, políticos y religiosos.

V.

Pero lleguemos al objeto principal de este resumen.

A mí, que tengo á menos el ser ambicioso, los señores socios del Ateneo me dispensaron el honor de nombrarme presidente de la sección de literatura. Y yo, que deseaba hacer creer que mi nombramiento no era del todo injustificado é inútil, venciendo mi natural indiferencia hacia casi todas las cosas de este mundo, al tomar posesión de la presidencia propuse, de acuerdo con mis ilustrados secretarios los señores D. Adelardo Ortiz de Pinedo y D. José Acevedo, el siguiente tema de discusión: «De las ideas representadas por los grandes hombres en la filosofía, en la historia y en el arte.»

Muchos, al principio, creyeron que el tema era vago, incomprensible y extraño. Y aunque después variaron de opinión, yo estoy en la obligación de probar en este resumen, después de haberlo hecho en las discusiones, que el tema propuesto por mí es concreto, perceptible y casi vulgar. Y aun-

que todos ven que un librito como este resumen lo puede escribir cualquiera, acaso por su estructura sirva en lo porvenir de estímulo para que otro pensador más profundo, más aplicado, y ¡ay de mí! con más fe y más esperanza que yo, pueda escribir una matemática de las ideas, siguiendo la marcha del desarrollo de la epopeya del pensamiento humano, realizada por los héroes de la ciencia.

Las ideas son caballeros andantes á los cuales los grandes hombres que las representan les ponen en el historial de sus servicios las notas de sus triunfos ó de sus derrotas.

Pasan los filósofos por el mundo vertiendo ideas, ignorados como las violetas que embalsaman los campos. Las ideas van y vienen, hasta que encuentran grandes caracteres á quienes se arriman como la parietaria al muro, para crecer y desarrollarse.

Toda la historia se reduce á lo siguiente: á filósofos que inventan ideas, y á héroes que las ejecutan; á entendimientos que piensan, y á personalidades que les dan carácter.

¡Injusticia de la historia! Los que piensan las ideas suelen ser los olvidados; y los que las realizan, los glorificados. Siempre la materia que pesa, aplastando al espíritu que piensa.

El caos no está en el mundo de las ideas, sino en el mundo de los hechos.

Los hechos, cuando no se les mira desde las alturas de la metafísica, suelen ser de origen dudoso ó totalmente desconocido: pero no hay ideas expósitas, plebeyas ni infecundas; todas tienen padres conocidos, y padres de ilustre prosapia, y tendrán eternamente una descendencia que no empañará jamás el honor de su estirpe.

Las ideas son como las aguas, que por su propia gravitación siguen su curso por cauces naturales, que los determinan las cumbres en donde tienen su origen. Las ideas detenidas se desbordan también como los ríos, y, encauzadas ó desbordadas, una vez señalada su fuente en un mapa ideográfico, se puede trazar con exactitud matemática su marcha, su dirección, su extensión, su principio y su fin. En el curso de los hechos hay siempre misterios inexplicables. Las ideas son unos viajeros leales que dicen de dónde vienen y anuncian adónde van.

VI.

Los hombres de superior inteligencia que me escuchan, no se pueden figurar lo que un espíritu endeble como el mío sufre al ver la lamentable confusión que hacen muchos de los que escriben, ó hablan, de lo físico con lo metafísico. La mayor parte de los escritores no se toman el trabajo de discernir la diferencia que hay entre lo intuitivo y lo visible, y entre lo sensitivo y lo perceptivo.

La ciencia está obligada á respetar la moralidad de la lógica no intrusando un sistema en otro sistema.

Sólo el arte, después que convierte las ideas en imágenes, es señor de horca y cuchillo en todas las esferas de la inteligencia. A pesar de una crítica incompleta, Camoens está en su derecho cuando hace empujar con *pechos de sirenas* las naves de Vasco de Gama, tripuladas por partidarios de la Virgen Santísima. Fr. Luis de León, en su oda á Felipe Ruiz, puede convertir á Dios en un gran auriga, diciendo:

Entre las nubes mueve
Su carro, Dios, ligero y reluciente.

El arte es el Proteo por excepción, y, con tal que sean bellas, todas las formas que tome serán buenas.

Rey de reyes y de pueblos, el arte reina por aclamación en todas las monarquías y en todas las repúblicas.

El arte, al circunscribir las ideas, nunca es ni ilógico ni contradictorio. Al contrario. Lo ilógico en él suele ser gracioso, y lo contradictorio bello. Hay inconsecuencia en que un filósofo providencialista maldiga la vida; pero es encantador en el arte cuando alguno de los dichosos de este mundo dice en un momento de desaliento: ¡Cuánto deseo morir!

VII.

Desde el mismo día en que se efectuó la primera de nuestras discusiones, ya pude dar una buena noticia al Sr. Cánovas del Castillo, y es que, mientras que él arriaba por algún tiempo la bandera de la metafísica, los socios de la sección de literatura, hasta los

de color rojo más subido, la desplegaban al aire gloriosamente: el Sr. D. Adelardo Ortiz de Pinedo, en nombre del ideal del derecho, en la excelente Memoria con que se ha dado principio á nuestras discusiones; el señor D. Juan Martos Jiménez, increpando valientemente á sus amigos para que sus ideas democráticas las relacionasen con una base metafísica; el Sr. D. José Zahonero, cuando al fijar los ojos del cuerpo en las realidades de aquí abajo, se le escapaban miradas de los ojos del alma hacia un idealismo que reconocía como un hecho *incontrovertible*; los Sres. D. José Rodríguez Carracido, D. Julio Burell, D. Fernando Soldevilla, D. Vicente Colorado, D. José Acevedo y D. Lorenzo Benito, que, si dudan de algunas divinidades, todos, todos adoran con entusiasmo la divinidad del arte; el Sr. D. Urbano González Serrano, que, defendiendo al positivismo, confesaba con la ingenuidad y la inteligencia de un platónico fervoroso que dentro de sus doctrinas palpita un no sé qué de metafísico, que unas veces se llama *el quid divinum*, otras lo *incognoscible*, otras lo *inconsciente*, y casi le llamó el *Dios desconocido* de los antiguos, por no llamarle el *Dios Padre* de los Sres. D. Ignacio Pintado, D. Conrado Solsona y el P. D. Miguel Sánchez.

Y al llegar á este punto, mis elocuentes

compañeros de discusión me perdonarán con su natural generosidad que haga una mención especial del P. Sánchez, el único individuo del clero á quien no han encerrado en su casa las risas de los volterianos. Este apóstol militante hace más en beneficio de las buenas ideas que todas esas comunidades establecidas para convertir infieles, pues él sabe que los paganos no están hoy en los desiertos, sino en las encrucijadas de las ciudades cultas. El estado mayor de la milicia de Cristo haría bien en imitar la conducta del P. Sánchez en vez de pretender que se respete á la divinidad en sus personas, siendo así que sus cómodas personas dejan á la divinidad que se haga respetar como pueda.

VIII.

Gracias al concurso de todos estos caballeros, de ideales más ó menos definidos, se ha dejado sentado en la sección de literatura del Ateneo, que desde hoy en adelante no se deben admitir á tomar parte en sus discusiones á los Fígaros científicos embrollones de las ideas.

Aquí ya sólo se admitirán á discutir á tres clases de pensadores: á los metafísicos que traigan como base de sus ideas lo *universal de la razón;* ó á los experimentalistas que partan de lo *particular de la naturaleza;* ó á los psicólogos que nos den por principio sus *percepciones* generales.

Pero lo que ya desde hoy no se tolerará aquí, será que se venga á confundir lo *superior* con lo *exterior*, y éste y aquél con lo *interior*. Es menester impedir que se quiera explicar la razón por el hecho, lo inductivo por lo deductivo, lo sintético por lo analítico. Les es muy cómodo, por ejemplo, á los aficionados á los tanteos de la experimentación, apoderarse furtivamente de todas las *intuiciones* de la razón, y después de convertirlas en lazarillos de sus análisis, hablar de los triunfos de la experiencia.

Algunos analíticos, por confusión de ideas, convierten sus operaciones sensibles en juicios generales intuitivos.

Es verdad que no pueden proceder de otro modo, porque estos ciegos de nacimiento, que, como Dandolo, suelen tener *hermosos ojos que no ven gota*, ni siquiera conocen que no dejándose guiar por lo deducido, la inducción no puede dar un solo paso.

Cuando veo á los analíticos valerse de la

intuición para hacer sus inducciones, me recuerdan á los campesinos de la huerta de Valencia, que cuando van á la capital tienen que ir acompañados de sus mujeres para que no los engañen.

Pero la ingratitud es un sentimiento más extendido de lo que se cree. Cierta clase de pobres se pasan la vida calumniando á las grandes señoras de la beneficencia que no viven mas que para proporcionarles socorros.

Lo mismo le sucede á la pobretería de ciertos analíticos. Escriben diatribas contra la metafísica, que es la gran señora benéfica á la que deben el único sustento de su vida.

IX.

De las tres ideas que constituyen las tres fuentes de corrientes metafísicas, lo lógico es que no haya más que una, con sus correspondientes accesorias, en el cerebro del hombre. La primera es la *razón* innata, órgano de la generalización, fuente de todas las intuiciones teológicas y científicas, con sus deducciones sintéticas y sus *a priorismos*

metafísicos, que descubre todas las leyes sin excepción, que sabe que todo fenómeno procede de una causa, todo relativo de un absoluto, y toda virtud de una perfección ideal.

La segunda idea es la que inventa el *sentido íntimo*, que habla sola como los locos que empiezan; que sueña que crea lo que piensa; que es sujeto y objeto de sí misma, y que concluye por extasiarse en su propia adoración.

La tercera idea es la que parte de la *sensación*, que, con el criterio del apóstol sin fe, sólo cree en lo que ve, y lo que ve, siempre es circunscrito, negando causa á los fenómenos y no teniendo más método discursivo que la observación, ni más fin que el conocimiento del hecho.

Concretando: la *intuición* da las ideas *enteras;* el *discurso*, las ideas *incompletas*, y los *hechos* no dan más que *cabos* de ideas.

Estos tres modos de pensar se llaman en filosofía la *razón*, la *reflexión* y la *sensación:* en lógica, el *juicio*, el *discurso* y el *instinto:* en fisiología, lo que *entiende*, lo que *sabe* y lo que *siente:* en arte, el *arquitecto*, el *maestro* y el *obrero:* y en ciencias, lo *universal*, lo *general* y lo *particular*.

La falta de clasificación de las tres ideas madres produce tal confusión en la esfera intelectual, que de cien libros famosos, hay

que arrojar al fuego noventa y nueve y medio, porque su confección se parece á aquel unto que fabrican las brujas del Macbet, y que ellas mismas llaman «una cosa sin nombre.» Casi todos los escritores confunden las intuiciones de la *razón* con las sensaciones de los *sentidos externos* y las percepciones del *sentido íntimo;* que es como si mezclasen ideas blancas con otras negras, y otras azules con las blancas; resultando de esta confusión colores indefinibles, borrosos, sucios y fantásticos.

Una buena clasificación de los principios metafísicos podría producir el inapreciable bien de difundir la más social de las virtudes, que es la tolerancia. Según el principio metafísico de que se parta, todo el mundo puede tener razón. Para el que parte de una base metafísica *ontológica*, el más sabio es el que tiene más fe; el mayor filósofo, Santo Tomás, y el mejor poeta, Calderón. Para el que toma la sustancia *cósmica* como principio de las cosas, el más sabio es el más materialista; el más filósofo, Espinosa, y el más sublime artista, Anacreonte. Para los psicólogos que creen que el *yo* es la medida de todo, Protágoras es el más sabio; Fichte, el más gran filósofo, y Leopardi, el mayor artista.

X.

Con arreglo á lo que acabo de indicar, para resumir el espíritu de todas las discusiones y esclarecer el tema propuesto, he comenzado por determinar el principio de las ideas; he seguido su desarrollo en el orden ontológico, cosmológico y antropológico; las he acompañado en su marcha en las ciencias, en el arte y en la historia; y, por último, he pronosticado su fin en el porvenir. Y á todo este conjunto de ideas, sencillo, y á mi parecer metódico, le he llamado el *Ideísmo*, y no el *Idealismo*, porque esta palabra pertenece ya más á la estética que á la filosofía.

El plan se me dirá que es demasiado amplio para un resumen, y que he tenido la pretensión de trazar el bosquejo de un índice general de materias para que algún otro escritor que tenga más fe y más inteligencia que yo escriba en un libro una biblioteca entera. Juro por las catorce vulgaridades de los siete sabios de Grecia, que esta ha sido mi intención.

He perdido tanto tiempo en leer cosas inútiles que, para aprovechar el que me queda, quisiera convencer á los que escriban en adelante de que no deben olvidar que todo libro de filosofía, aunque no tenga más que veinte páginas, ó es una enciclopedia, ó no es nada.

Todas las verdades caben en un puño, y haría un gran servicio el que, sintetizando los principios generales del saber humano, los escribiese en un papel de cigarro. La filosofía enseña á mirar desde muy arriba, y, como afirma Montesquieu: «el que todo lo ve, todo lo abrevia.»

XI.

Me recomiendo á la benevolencia de todos los sectarios de algo, para que me perdonen el que yo no sea sectario exclusivo de nada. Y adelanto esta súplica, porque sé que en lo que digo en este resumen hay muchas cosas que fuera de aquí no son populares y no están en moda. Pero á mí las imposiciones del vulgo no me obligarán jamás á caer en lo vulgar. Odio la popularidad como todo escándalo, y me río de las modas que consisten en llevar la cabeza torcida, como se

cuenta que lo hacían los aduladores de Alejandro.

En fin, al terminar con la lectura de este resumen nuestras cordiales discusiones, no les digo á mis queridos compañeros ni «adiós,» ni «salud,» ni «buenas noches;» sino que me despido de ellos con el saludo de los Griegos, que comprendía todas estas cosas y otra porción de buenos deseos más: «Que ustedes estén *alegres*.»

CAMPOAMOR.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS.

I.

La ciencia primera, príncipe y suprema, es la Metafísica general, la Ontología, ciencia del *ente* ó del *ser*. Después sigue en importancia la Filosofía, que es la ciencia de la *mente* ó del *saber*.

Todo principio de saber se reduce al estudio del movimiento de la idea de *algo*, á la postura de la *noción de ser*. Y como las ideas toman por necesidad lógica el carácter del medio en que se propagan, dadme el sitio en que ponen la noción de ser, un individuo,

una institución ó un pueblo, y sin necesidad de leer su historia, yo os diré cuál es su filosofía, su arte y su moral.

Todas las llamadas ciencias no son más que diferentes aspectos de una sola y misma idea. Un pensamiento en busca de su origen es *ideología;* desde que tiene la noción de ser, *ontología;* convertido en tipo de moral, *teología;* hecho imagen, *estética*, y aplicado á resumir un orden general de conocimientos, *ciencia*.

Así es que la ideología, la ontología, la teología, la estética y la ciencia en general, todas están fundadas en una base metafísica, porque todas irradian de una misma idea primitiva y absoluta que se transforma en existencia, en sentimiento, en imagen ó en hecho.

Y ¿qué es idea?

Las ideas son los medios de conocer.

Pero ¿cuál es la esencialidad de las ideas?

La inteligencia es una cosa que *piensa*, y la materia otra que *pesa*. La sustancia *esencial* del *espíritu*, buscada por los filósofos, y la de la *materia*, perseguida por los sabios, son dos nociones que Dios se ha reservado, acaso para siempre. Nosotros no caeremos en la benemérita simpleza de querer comprender lo incomprensible. En este particular, antes que cometer la deslealtad de es-

condernos en lo oscuro para mentir á mansalva, nos atendremos á aquella aserción tan antigua como sencilla que dice: no se *demuestra* lo que se *muestra*.

Las ideas para los ontólogos son *realidades independientes;* para los cosmólogos, *inspiraciones divinas*, y para los psicólogos, *abstracciones*.

Y siendo una ilusión, ó una certeza, que está en el fondo de la naturaleza humana la creencia de que el saber y el bien supremos deben hallarse en alguna parte, la idea primordial y única, ó se la concibe ontológicamente como sér independiente de todo lo creado, ó se la ve formando parte integrante del mundo, ó se la juzga dentro de nosotros, creando lo que piensa; de cuyas tres posiciones de la noción de *ser* nacen el Dios *creador*, el Dios *Pan* y el Dios *Yo*.

Dios, la Naturaleza y el Hombre son los tres focos supremos donde germina la idea de *algo*, la noción de *ser;* y, al partir la idea madre de esos tres puntos radicales, nacen esas tres corrientes de ideas que fecundan el inacotable é inacotado campo de la inteligencia humana, y entonces el Ontologismo, el Panteísmo y el Psicologismo son la derecha, el centro y la izquierda de la idea inicial de *algo*, de la primera de las nociones, del pensamiento *ser*.

Concebido Dios como persona exterior, independiente de todo lo creado, ó como parte integrante del mundo, ó como espíritu inherente á la conciencia humana, se establecen irremisiblemente esas tres grandes ideas ambientes que rodean y sirven de atmósfera á todas las demás ideas secundarias que en el curso de los siglos, por medio de una compenetración del mundo ideal en el mundo real, van fecundando las inteligencias de los grandes hombres en todas las esferas de la filosofía, del arte y de la historia.

II.

¿Cómo llaman los grandes pensadores al Dios objetivo, independiente de todo lo creado?

Pitágoras.	El número.
Platón.	La idea.
Aristóteles.	La causa.
Cristo.	El Padre.
La Iglesia.	Dios.

Este principio, considerado ontológicamente, es el sistema trascendental por excelencia. Con esta filosofía no se pueden fundar teorías ni sobre el *mal*, ni sobre la *nada*. Ese absoluto divino, que está fuera y encima de nosotros, es la pauta inmortal de nuestros deseos y de nuestras aspiraciones más santas. Allí van á fortificarse y á renacer las esperanzas frustradas, á buscar el bálsamo de la paciencia los males físicos, y á demandar consuelo todas las miserias morales. Por amor á ese Creador que dice á las criaturas: «sé bueno como tu Padre,» se hacen los sacrificios desinteresados, se ejercen las virtudes desligadas de todo egoísmo terrenal; y por esta Autoridad, siempre de origen divino, así en la tierra como en el cielo, se esperan las privaciones y hasta son buscados los tormentos, porque ante el premio que de ella se espera, la vida es una prueba, el dolor una purificación y la muerte una cita en el cielo.

III.

En el calor de una disputa, Calvino, dando con el pie en el suelo, le preguntó á Servet: «¿Y esto también es Dios?»

Y contestó Servet: «¿Y quién lo duda?»

Veamos cuál es la corriente de ideas que fecundan las creencias de los adoradores de este Dios pateado por Calvino, y del cual no dudaba el panteísta Servet.

Según los cosmólogos, ¿cuál es el principio de todas las cosas?

Thales.	El agua.
Anaximandro. . .	El caos.
Xenófanes. . . .	El todo.
Parménides. . . .	El mundo divino.
Empédocles. . .	El fuego.
Plotino.	El sujeto objeto.
Malebranche. . . .	El todo en Dios.
Espinosa.	La sustancia ó el Dios es todo.
Schelling.	La identidad del sujeto y del objeto
Hegel.	La idea cósmica.
Krause.	Los seres en el Sér.

Los partidarios de esta filosofía, traspuestos eternamente en una especie de somnolencia sensual, y recostados en el seno de la madre naturaleza, con la frente sepultada en un inmenso gorro de algodón *panteo*, se abisman en los misterios de la sustancia del fétido Dios cosmos, que como filosofía es la creencia de todos los pueblos cobardes y degradados, y que como religión es un embobamiento que acaba por ser la misticidad del materialismo.

Rumiando la hipótesis, tan vieja como el mundo, de que «la materia es eterna,» y sometiéndose á la incontrastable omnipotencia de sus trasmutaciones, los cosmólogos se resignan á gozar de esa felicidad que consiste en la *apatía*, en la *perfecta inacción* del alma, dicha que se goza cuando, según Schelling, el alma se entrega á una *divina pereza*, buscando la inalterable *quietud de la planta*, porque el hombre es tanto más *divino* cuanto más se parece á los vegetales, y acaso, acaso, á los *minerales*.

¡Larvas que jamás llegaréis á ser mariposas! El tiempo para vosotras sigue inmóvil y sereno. ¡Dormid en paz!

IV.

Después de ocuparnos en describir los ontólogos que creen en un Dios objetivo, independiente y personal, y de los panteístas ó cosmólogos que creen que todo lo creado es una extensión de la naturaleza misma del Creador, pasaremos á dar una idea de los psicólogos, que son los que quieren vivir sin

Dios y sin Rey, en compañía de su conciencia y apoyados sólo en la caña hueca de su razón.

Y muchas veces cuando digo razón, no hablo de la razón *intuitiva*, sino de la razón *discursiva;* no me refiero á la razón pura, sino al razonamiento. La razón pura es la que, inspirada por las intuiciones, abarca los infinitos como la luz del sol recorre los espacios. El razonamiento es una sub-razón forzada á discurrir sobre los hechos ó la conciencia, y parecida á un águila caudal, obligada á volar metida en una jaula de hierro.

¿Dónde colocan los psicólogos la primera idea de ser?

Sócrates.	Conócete á tí mismo.
Roscelin.	Todo es nominal.
Abelardo.	Todo es concepto.
Descartes..	Pienso, luego soy.
Locke.	Soy cuando siento.
Hume.	Sueño que siento y pienso.
Condillac.	Soy cuando toco.
Kant.	Todo está en el yo.
Fichte.	Todo lo crea el yo.

El psicologismo, que empezó en Sócrates con un examen de conciencia, ha acabado en los filósofos modernos por ser un caso de patología. El «conócete á tí mismo» es un consejo de auscultación moral que, tomado con humildad, puede arrojar mucha luz sobre los problemas del alma humana y de la verdad absoluta divina; pero en el curso de los siglos, gracias á una investigación intemperante, el hecho antropológico de Sócrates ha entrado en el dominio de la clínica, y casi, casi ha llegado á ser un acto digno de una camisa de fuerza, el día aquel en que Fichte, convirtiendo su cátedra en la antesala de un manicomio, concluyó una de sus lecciones diciendo: «Mañana crearemos á Dios.»

He aquí la razón humana en su mayor grado de delirio.

Con perdón de los Luteros de segunda mano, diré que los ideales están arriba, ó no están en ninguna parte. Budha, sentado en el vacío en su postura de empollar huevos, es un tipo más formal y más digno que el egoísta Dios-Yo, declarándose centro del universo y haciendo girar al mundo en torno suyo en su exclusivo provecho.

Después que el *yo* humano, ídolo y adorador de sí propio, convirtió su orgullo en una filosofía y su egoísmo en un egoteísmo, encerrado en su nicho para incensarse como á un Dios, á falta de otras virtudes, tuvo la probidad lógica de acabar por estrellarse la

frente de desesperación contra las paredes de su encierro.

Todo *yo* en acción, sin el freno y la guía de lo absoluto, es un caballo de Mazzepa, cuyo ímpetu salvaje le arrastra á caer en todos los despeñaderos de la vida. El Dios sólo un poco malévolo en Descartes, ha concluído en el pesimismo en el Dios *Mal;* y el desdichado Leopardi, después de proclamar

il commun danno
e l'infinita vanita del Tutto,

el mal de todos y la infinita vanidad de todo, acabó por arrojar al encierro de los psicológicos el cordel con que se pueden ahorcar, diciéndoles que en la vida no hay nada digno de ser envidiado más que los *muertos*. Job, en medio de su muladar, es bastante más venturoso, creyendo y esperando en la vida futura, que esos pesimistas que acaban por asegurar, de acuerdo con Fichte, «que este mundo es el peor de los mundos posibles.»

V.

La ideología cristiana, convertida en teología por la Iglesia; el viejo cosmologismo, hecho panteísmo por el genio de Espinosa, y el psicologismo cartesiano, llevado hasta la egolatría por los filósofos modernos, han producido estos tres credos, que son las síntesis de los tres sistemas radicales de las ideas:

Ontología cristiana, convertida en teología por la Iglesia:

«Creo en Dios padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, en el perdón de los pecados y en la vida perdurable.»

Ideología cosmológica, convertida en panteísmo por Espinosa:

«No hay más que una sustancia que se desarrolla infinitamente, por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados.»

Psicología yoísta, convertida por Fichte en egoteísmo:

«El mundo exterior existe, que yo sepa, sólo por *el yo* y *en mí*.»

Deduciendo las consecuencias de los tres

principios que dejamos consignados, Dios, la Naturaleza y la Conciencia, he aquí cómo estos sistemas metafísicos resuelven los grandes problemas de la vida:

Noción de Ser puesta en Dios.	Noción de Ser puesta en la Naturaleza.	Noción de Ser puesta en la Conciencia.
Moral. — Obra como tu Dios.	Obra según la naturaleza.	Obra según tu opinión.
Libre albedrío. — Haz lo que debas.	Haz lo que puedas.	Haz lo que sepas.
Derecho. — El derecho hace la ley.	La ley es la fuerza.	La ley hace el derecho.
Autoridad. - La autoridad viene de Dios.	La autoridad nace del más fuerte.	La autoridad nace del mayor número.
Arte. — Imita al mundo superior.	Imita al mundo exterior.	Imita al mundo interior.
Vida futura. — La muerte es el principio de otra vida.	La muerte es una transformación.	La muerte es la nada.
Etc.	Etc.	Etc.

VI.

Y aunque yo en este resumen no haré más que deducir imparcialmente las consecuencias de estos tres principios, sería impropio de la franqueza de mi carácter que de cuando en cuando, como he hecho al dirigir las discusiones, no manifestase mis simpatías por las doctrinas que, según mi opinión, honran, dignifican y consuelan más el espíritu del hombre.

De los tres sistemas, ontológico, cosmológico y psicológico, el único digno de la metafísica es el primero, porque parte de una *idea*; el segundo es un *hecho*, y el tercero un *sentimiento*, y claro es que con los sentimientos y los hechos no se puede constituir ciencia. Para hacer metafísicos estos últimos sistemas, ha sido necesario hacer de la sustancia material una *idea*, y una conciencia *impersonal* y genérica de la conciencia del hombre.

El psicologismo ya ha dado de bruces contra la pared de enfrente. ¿Y dónde acabará? ¡Dios lo sabe! De la parte de acá de esa pared

está la razón que discute, duda ó niega. De la parte de allá, no se ve ni siquiera la duda, pues se halla solamente *la nada absoluta*.

Después que el mundo se convenza de que donde no hay un Dios remunerador, todo pensamiento bueno es una fantasía inútil y toda buena acción una cosa estéril, podremos esperar que, inspirándose algunos genios en la corriente ontológica de las ideas, vuelvan la fe á las almas perdidas para la esperanza, y apoyados por las necesidades imperiosas de la vida y las santas aspiraciones de nuestra naturaleza moral, nos hagan volver á la restauración de un sér providente que, en la hora final y suprema, perdonando las flaquezas de los malos, ponga á los buenos á la diestra de Dios Padre.

VII.

Los primeros iniciadores de una restauración ontológica tendrán que empezar por prescindir del error de algunos católicos que por una mala estrategia han solido admitir los ataques á sus doctrinas en el terreno de la teología, siendo así que sus batallas las debieron librar única y exclusivamente en el campo de la metafísica.

Juzgo peligrosa la táctica de poner á la vanguardia de un ejército y frente al enemigo el objeto precioso por quien se va á la lucha á morir. Lo divino debe estar fuera del alcance de los tiros de las emboscadas hasta después que se agoten todos los recursos que nos pueda proporcionar el esfuerzo humano.

Las derrotas en la metafísica son contusiones recibidas en el amor propio que puede curar cualquier tópico anodino; pero toda herida teológica es mortal de necesidad.

Los díscolos tienen á mucho honor el que la Iglesia los excomulgue por impíos. Los ontólogos deben hacer una cosa más eficaz que la Iglesia, y es la de probar á esos díscolos, no que son unos impíos, sino que son unos necios.

CAPÍTULO II.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ONTOLÓGICO.

I.

La verdad ¿es independiente del hombre? La contestación afirmativa á esta pregunta es el problema del ontologismo.

Como la filosofía es la ciencia de las ideas puras; la religión la ciencia de las ideas puras reveladas ó entendidas, y además convertidas en *sentimientos;* y el arte la ciencia de las ideas transfiguradas en *imágenes;* he aquí que de la idea independiente, objetiva, ontológica de ser, nacen en filosofía tres órdenes inmortales de ideas, que se convierten en re-

ligión en tres grandes órdenes de sentimientos, y en el arte en tres modos de fantasear imágenes.

El ontologismo es el verdadero cielo de las ideas. En los otros dos sistemas, el antropológico y el cosmológico, el pensamiento se congestiona por falta de aire y de luz.

Las mismas ideas que en la región de la ontología son completamente puras, se rebajan al contacto de la naturaleza exterior, y, aprisionadas en lo interior al servicio de las pasiones del hombre, se mueren de sofocación.

La idea de la noción de ser es libre en el cielo, en el cerebro se encierra y en la naturaleza se entierra.

Y como todo sistema filosófico tiene su derecha, su centro y su izquierda, cuando por extravíos de la inteligencia, ó por extravasaciones del corazón, comienza la marea baja del ontologismo, aparecen sus sistemas congéneres, el *Panteologismo;* el *Optimismo;* el *Misticismo*, con sus matices de *supernaturalistas* y *sentimentales;* y el *Deísmo*.

II.

El *Panteologismo*... pero el lector me preguntará: y ¿qué es el panteologismo?

Los *panteólogos* son unos malos teólogos laicos que, no sabiendo filosofía, lo mismo que los panteístas vierten la unidad de Dios sobre la tierra para desparramarla en la multiplicidad de las cosas; y que, sin estar facultados por la Iglesia para consagrar ni á nadie ni á nada, con menos respeto que los monaguillos, se meten á Dios en el bolsillo, y en caso de necesidad se lo llevan hasta á la cueva del padre del niño del cuento, siendo así que el padre del niño del cuento no tenía cueva.

Los *panteólogos*, que suelen confundir en una misma expresión la santa simplicidad con la más refinada hipocresía, desde el beato que hace la señal de la cruz porque una mujer de buen gusto se pone un traje de moda, hasta el energúmeno que juzga que el que no piensa como él no es prójimo, todos, imitando al diablo que se pone detrás de la cruz,

tomando el nombre de Dios en vano, hacen gala en sus controversias sandio-teológicas de exponer el éxito de lo divino, cuando para salir triunfantes les bastaría con dar á sus contrarios un puntapié filosófico-terreno. La filosofía es el mejor pedestal de las creencias, pues como decía San Pablo: «Procurad cautivar vuestro entendimiento en obsequio de la fe.»

Los *panteólogos* ignoran que la teología acaba donde empieza la metafísica, y, faltando inconscientemente á una de las más principales creencias católicas, que es la de hacer *distinción real y esencial entre el orden natural y el orden sobrenatural*, mezclan lo sobrenatural con lo natural, por medio de varios desgarros hechos en la bóveda celeste, y en particular por la rompiente de un providencialismo material que obra en las cosas, no por ley de carta otorgada, sino por acción de inmixtión continua, y descuelgan á Dios de lo sobrenatural teológico, para zambullirlo en el cieno de lo natural cosmológico, para que tengamos que seguir admirando el providencialismo histórico de Bossuet, que es tan panteísta, si bien menos lógico, que la idea dialéctica de Hegel.

Como Bossuet era uno de los que se creían más ortodoxos, y ortodoxo lleno de intolerancias, me parece justo que se les diga á sus

admiradores que su providencialismo al menudeo lo juzgo tan contrario al libre albedrío como el fatalismo pagano y la predestinación protestante.

Y es inútil decir que estos fanáticos, á quienes les pesa el libre albedrío como si fuese la roca de Sísifo, cuando estudian alguna filosofía, se adhieren con furor á ese procaz positivismo escolástico que sostiene que Dios no se puede conocer por la razón *intuitiva*, sino por las argumentaciones, más ó menos *difíciles*, de la razón *discursiva*, *subiendo de las cosas visibles á las invisibles*, *de las temporales á las eternas*, *de las contingentes á las necesarias*.

Todo esto es querer subir al cielo con una escalera de mano.

Suponiendo, para ocultar no sé qué tapujos, que el *innatismo* es *emanación* y no *creación*, hasta execran al mismo Leibnitz por su *ontologismo*, es decir, por lo que ellos juzgan su panteísmo *idealista*, sabiendo Leibnitz mejor que ellos que las ideas son tan independientes de Dios como del mundo, y que si Dios y el mundo dejasen de existir, siempre sería verdad la cuenta de la vieja de que *tres y dos son cinco*. Estos materialistas de costado no tienen inconveniente en conceder que Dios pueda crear animales con *instinto*, pero les parece inconcebible que, dán-

doles los *medios de conocer*, pueda crear hombres con *ideas*.

Pero nosotros los dejaremos con sus repugnancias contra el supuesto panteísmo idealista de arriba, para que continúen disfrutando de su panteologismo material de aquí abajo; y mientras los ideístas seguimos pidiendo el pan nuestro de cada día en seco, ellos, nombrando al Dios del cielo su procurador en la tierra para que les desempeñe sus negocios particulares, seguirán, como el niño de un célebre escritor, pidiendo al Padre el pan nuestro de cada día *untado con manteca*.

Los *panteólogos* que, haciéndonos retroceder á los tiempos del paganismo, en los cuales se convertía el cielo en uno de los barrios bajos de la ciudad de la tierra, son los herederos de aquel teólogo, digo, de aquel panteólogo de cabeza redonda, que aseguraba que todas las grandes acciones de los infieles son *pecados*, y todas las virtudes de los filósofos son *vicios*.

Así como en medicina existe la manía del *higienismo*, que consiste en acolchar todas las cosas de este mundo para que nuestros miembros caigan en blando y no se deterioren; así en moral existe el *panteologismo*, que es la preocupación de convertir en teología hasta las artes suntuarias, para que el alma

no tropiece en algo agradable, por demasiado afelpado, y caiga en la tentación de algún pecado venial.

Los panteólogos hacen de toda creencia una superstición.

Pero que se entienda esto bien: no debe haber más relación entre la metafísica y la teología que la necesidad de probar que todo lo que no es el Dios ontológico de la teodicea cristiana, es el diablo disfrazado de divinidad.

Estos panteístas por bondad de corazón, llenos de esas buenas intenciones de que está empedrado el infierno, son unos inquisidores verbales, que cuando todo lo ignoran, aburren; pero que cuando poseen algo de la jerga escolástica, espantan. Así es que dedicándose á estorbar en todas partes, haciendo falta en su casa, no permiten que nadie más que ellos tome en boca el nombre de la Iglesia, y la han convertido en una de esas viejas vanidosas, tiesas y linajudas, que, si no se las requiebra, lo atribuyen á grosería, y si se las echa flores, dicen que es una falta de respeto.

Profesando un tomismo burdo, involucran la metafísica con la teología y con la moral. No saben que la filosofía es una pura ideología; que la metafísica da la *idea*, la teología transfigura la idea en *sentimiento*, y la moral convierte el sentimiento en *hecho;* que lo que se pone en la teoría, se impone en la prácti-

ca; que debemos aceptar incondicionalmente el Dios ontológico que hasta la filosofía crítica moderna nos concede, porque después de colocado en la inteligencia el Dios Padre, el corazón, por deducción inevitable, nos contará la historia real del Dios Hijo. No alejéis con vuestras excomuniones de amas de cura á esos filósofos que empiezan por afirmar al Dios en *idea*, porque después, por necesidad lógica, ya vendrá la teología á transfigurar la idea y á darnos el mediador entre Dios y el hombre, la realidad objetiva de Dios, como ser personal, trascendente y perfecto; y, por último, vendrá la ética, que es el silogismo que saca las consecuencias de las premisas divinas, y nos dará el fundamento real de la justicia, la inmortalidad del alma y la responsabilidad moral.

El cura del Pilar de la Oradada, que ya me está oyendo desde el cielo, siempre que yo me volvía á Madrid me encargaba una clase de libros cuyo solo recuerdo me da dolor de cabeza. En una de las remesas que le hice, me tomé la libertad de escribirle lo siguiente: «Predique V. á nuestros convecinos cosas tan sencillas como estas: que hay un alma inmortal y un Dios que premia y que castiga; y después de puesto Dios en el cielo y la justicia en el alma, no se enfade V. con el sacristán si algún día, dando

gusto á nuestros más adorables místicos, amontona hacia el fogón con la escoba de barrer esos libros de moral casuística y dudosa, y muchos de esos mamotretos de teología escolástica de una pesadez y de una inutilidad indudables. Eso en los ejércitos divinos y humanos es lo que se llama la *impedimenta*, que sólo sirve para perder batallas. No vaya V. pareciéndose á ciertos *panteólogos*, de los cuales decía el abate Faydit: «que todo lo veían en Dios, menos que estaban locos.»

III.

¿Por qué Dios ha formado el mundo de este modo y no de aquel otro que D. Alfonso el Sabio creía que hubiera sido muchísimo mejor?

A esta pregunta tan natural, Malebranche y Leibnitz, con mucha piedad y no falta de ingenio, contestaron con el célebre sistema filosófico llamado el *Optimismo*, sacando por consecuencia que este mundo es *el mejor de los mundos posibles*.

Esto hace mucho honor á sus sentimientos, y acaso alguno á su lógica; pero, franca-

mente, decir esto antes de la invención de los ferrocarriles, de la fabricación de las sillas con muelles y de la expendición de los libros baratos, más bien que una justicia, algunos creerán que semejante optimismo es una lisonja dirigida con miras interesadas al Creador.

El Califa de Córdoba Abd-el-Ramán III, que tenía esclavas como Zahara y Generalifes, ó jardines de recreo, superiores á los descritos en los cuentos árabes, dice que en cincuenta años de un glorioso reinado sólo gozó de *catorce días felices*. Catorce días felices en cincuenta años me parece demasiada felicidad; pero, aceptando, en honor de Malebranche y Leibnitz, que esto sea posible, el *optimismo* suele ser tan antipático al instinto de los que sufren, que por reacción produce cierto pesimismo parcial hasta en inteligencias tan ultracristianas como la de Tomás de Kempis.

IV.

Del ontologismo se deriva también el *Misticismo*, ese optimismo seráfico que, por sus ardores de corazón y de cabeza, se parece

mucho á un panteísmo de sentimiento. Los místicos, que viven enterrados en sí mismos en vida, creen que no hay nada verdadero más que lo universal, lo absoluto, lo divino.

Los místicos de cabeza los forman algunos crédulos, herederos, sin saberlo, de los ergotistas de los universales, que en los tiempos modernos han fundado ese tradicionalismo escéptico que se conoce con el nombre de escuela de De-Maistre, en la cual figuran un poco Chateaubriand, y mucho más el Marqués de Valdegamas, y que, después de declarar á la razón humana incapaz de sacramentos, como se suele decir para nombrar á los idiotas, considera al hombre como un *animal con fe*, ó, más exactamente, con la fe de que es un animal.

El Misticismo de corazón, fundado principalmente por la antipatía de San Bernardo á las argucias del escolasticismo, es la filosofía de esos somnámbulos inofensivos de la cristiandad, que pasan la vida embriagándose con el opio de la fe, y que detestando la dialéctica como un discreteo indigno de la sinceridad del amor divino, todas sus ideas son corazones con alas que los llevan de un vuelo y por intuición superior, sin que intervenga la reflexión, hasta el seno mismo de lo absoluto.

Entre estos nobles visionarios, que siendo

ciegos de los ojos de la cara ven lo esencial con los ojos del alma, las mujeres son superiores por el sentimiento al talento siempre algo discursivo de los hombres; y Santa Teresa llama al infierno «un lugar donde no se ama,» y Santa Brígida quisiera ser útil á sus semejantes «cerrando con su cuerpo la puerta del infierno.» Frases tan ardientes y tan sublimes, que hacen que parezcan yertos los rasgos más elocuentes de Shakespeare y Calderón.

V.

Hay otra especie de *Teistas* fríos que sólo porque ven físicamente la creación, suponen que debe haber un creador, y que, sin duda, sintiendo que Dios no tiene dentro de ellos alma humana que juzgar, profesan un *Deísmo* que es una religión evaporada que coloca á Dios á la oriental, en el aire, ocioso y sin atributos. Este Dios cómodo é impalpable del deísmo vive en el vacío de un cielo que ha creado para sí solo; y sin que él haga caso de nadie, ni nadie haga caso de él, sigue ha-

ciendo en las alturas de Dios archiconstitucional, que, sin ministros ni súbditos, reina siempre y no gobierna jamás.

VI.

Los psicólogos y los naturalistas critican al Dios de la ontología porque dicen que ni siquiera se sabe dónde está. Muy conveniente sería que á estos señores les dijese el Catecismo algo más preciso que asegurar «que está en todo lugar,» marcándonos un sitio determinado en singular, porque de este modo todos los días y á todas las horas iríamos á esta gran Meca cristiana para rogarle que nos variase de destino. Si supiéramos fijamente dónde está el cielo, la vida en la tierra sería imposible, porque todos nos moriríamos de nostalgia celestial.

Concededme, como Renán, que efectivamente hay un *Dios-idea*, é instantáneamente, pensando en sus atributos, yo os lo convertiré en *Dios-realidad*.

Las ideas existen realmente aún en estado de imposible aplicación. De lo contrario, sería lo mismo que sostener que las ideas ma-

temáticas no tienen realidad cuando se aplican á la extensión y al espacio infinitos, que no existen.

El mundo de las ideas es lo real eterno, y el de los hechos es lo real transitorio.

Me río de los que dicen que las ideas son *abstracciones* que no tienen realidad más que cuando están comprobadas por los hechos.

Esta es la eterna manía de los positivistas.

El pensamiento es una realidad completa: la expresión, ya sea palabra, línea, color ó sonido, es una fotografía pálida de la idea, casi siempre sin vida y sin alma.

En el cerebro de un artista, una pieza de música tiene más realidad que ejecutada en un instrumento, porque aquélla posee una realidad perfecta, y trasmitida por el hecho, sólo viene á tener una imperfecta realidad.

Ni el cielo ni el infierno, añaden los psicólogos, son espacios determinados, pues sólo son dos estados interiores, dos ideas. Pues precisamente de eso se trata. ¡Qué! ¿querían que se les determinase, como el poeta florentino, el punto concreto en que están el cielo y el infierno? Y ya que son tan aficionados á la topografía teológica, ¿podrían decirnos dónde tienen ellos el alma? ¿Estará en la glándula pineal, como decía Descartes? ¡Cuánto aldeano literario de los campos in-

cultos acude á generalizar el mal gusto á la ciudad de las letras!

Lo supernatural es tan natural que, no teniendo providencia, hasta los mismos paganos han tenido que ir inventando: Sócrates, un genio familiar; Numa, la ninfa Egeria; Alejandro, un Oráculo; otros, unas gitanas llamadas Sibilas, etc., etc.

Siento dar una mala noticia á los que dicen que el ontologismo, aludiendo al catolicismo, «es negocio concluído.» Efectivamente, es negocio concluído, porque es perfecto.

¡Oh! ¡el viejo catolicismo! Además de muchos hombres de sano corazón y entendimiento reflexivo, están demasiadas mujeres interesadas en su triunfo para que jamás pueda peligrar. El Dios de las intuiciones femeninas, personificado por el misterio de la encarnación, y representado todo esto por una Iglesia que las bautiza, las casa, las absuelve, las ayuda á bien morir, y que, por último, se las lleva al cielo, es un conjunto maravilloso de sublimidades y de misterios consoladores, al cual tienen ellas adheridos sus corazones con todas sus raíces.

Aunque el ontologismo no estuviese basado más que sobre una ilusión trascendente, siempre sería más simpático que el sensualismo de los naturalistas y el orgullo de los racionalistas.

Desde que la ideología cristiana ha enseñado á las gentes á mirar hacia arriba, casi produce náuseas el mirar hacia dentro, donde se desespera por su impotencia esa alma humana, tan orgullosa como miserable; ni se puede tender la vista hacia abajo, donde el sér *cosmos* nos convida á que nos honremos con la fraternidad de los topos y de los escarabajos.

Si los pensamientos se pudiesen dividir en clases sociales, creemos que al ontologismo se le debiera llamar la familia real de las ideas.

¡Son tan buenos y tan ingenuamente felices los que creen!

Lo repito: desde que la ideología cristiana ha purificado el reino de los espíritus con su soplo divino, el ontologismo ya no morirá jamás. Y es inútil esperar que ningún otro Mesías venga á traer al mundo otra fórmula más sencilla, más sublime ni más consoladora que ésta:

«Dios es un sér infinitamente bueno, sabio, justo y poderoso.» ¡Qué gran modelo, digno de ser imitado en la tierra, para recibir después la recompensa en el cielo! Los que entráis en la existencia llenos de nobles esperanzas, y los que salís de ella sumidos en el desencanto y la miseria, no os fiéis de los que vamos derramando dudas y sarcasmos

por el camino de la vida, y echaos confiados en brazos de ese Supremo Sér. La fe es el áncora de los débiles y los desesperados. Cuando uno es huérfano, viejo ó desgraciado, es cuando se recuerda involuntariamente el dicho de Voltaire: «Si no hubiera Dios, sería menester inventarlo.»

CAPÍTULO III.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN COSMOLÓGICO.

I.

El Dios es todo y todo es Dios, panteísmo y politeísmo, anverso y reverso de una misma medalla, es la filosofía idiosincrásica de todos los pueblos afeminados, en los cuales la naturaleza vale más que el hombre. El *Panteísmo*, más bien que trasmigración, es una trasformación incesante de un solo y mismo sér, que no teniendo memoria de sus estados anteriores, de huevo pasa á gusano, de éste á crisálida, de crisálida á mariposa, y así sucesivamente y mientras que por todos

los siglos de los siglos quede un aliento de vida á esta madre naturaleza, que, según los cosmólogos, es el único Dios, del cual son pedazos los dioses del politeísmo.

El más geométrico de los pensadores formuló el sistema panteísta del modo siguiente: «No hay más que una sustancia infinita que se desarrolla infinitamente por medio de atributos infinitos, infinitamente modificados,» ó, lo que es lo mismo, Dios es todas las cosas, y todas las cosas son Dios.

Dios y la más ruin de las cosas son desiguales en cantidad, pero iguales en calidad.

Tan divino y tan eterno es lo creado como el creador.

La armonía del mundo se sostiene porque todas las cosas en la naturaleza son corchetes, machos ó hembras, que se abrochan por atracción y se desabrochan por repulsión; sólo que en todo este concierto divino falta la divinidad, y entre las ruedas de este engranaje de cosas sin libertad, queda triturada también la libertad humana.

No hay acontecimientos casuales: todo sucede porque debe suceder.

Las cosas todas forman el gran todo, y éste se halla formado por todas ellas.

Como todas las cosas son necesarias, son por lo mismo buenas, y por idéntica razón todo lo que existe es perfecto, moral y santo.

Sobre el vicio y la virtud está la santidad de la cosa sucedida, y así es que en moral no hay bueno ni malo; en derecho no hay razón ni sinrazón; la fuerza es la autoridad, y toda necesidad es virtud, y todo vicio es de necesidad.

II.

Prescindiendo del viejo panteísmo lleno de escapatorias y rendijas ideales, detallaremos ligeramente el génesis de este panteísmo moderno, más cerrado, más hondo y más desprovisto de luz que el pozo de la verdad de Demócrito.

Kant, iniciando esa moderna filosofía alemana que, según el Sr. Zahonero, «es una teología civil,» tomando como punto de partida la descomposición de la facultad de conocer, y prescindiendo de que Platón había planteado con claridad el problema de las ideas *innatas*, descubrió lo que ya estaba descubierto: que el entendimiento, para poder conocer, tiene que valerse de ideas *innatas*, que él llama *necesarias*, como son el *tiempo* y el *espacio*, y que estas ideas las pone el entendimiento, y no la cosa entendida; de

lo cual dedujo que la idea *no garantiza nada más que á sí misma*.

Fichte, al oir esto, miró por el agujero de la llave de la cárcel celular de su cerebro, y, soñando que creaba lo poco que veía, añadió que *la idea da el ser*.

Schelling entonces se asomó alegre al balcón pintoresco de la naturaleza exterior, y dijo que *el ser reproduce la idea*.

Y el épico Hegel, á quien Schopenhauer, en un lenguaje impropio de la buena filosofía, llama *fanfarrón* y *charlatán*, embrolla más el problema, inventando su idea *cósmica*, mezcla de barro y sueño, y dice que *la idea es el ser*.

Y Krausse, por último, que, según decía Schelling, no tenía más que *tres cuartas partes de cabeza*, llamó á la idea *el ser de los seres* por el anverso, y por el reverso los *seres en el ser*; y en vez del *Dios es todo* del panteísmo, inventó la fórmula de «*Todo es en, bajo, mediante Dios*,» creando un sistema de filosofía que él llamaba Panenteísmo. Este pensador de un bajo imperio intelectual, parece que, á la manera de Cervantes con la Edad Media, se propuso hacer una obra bufa destinada á matar por el ridículo la filosofía. De lo contrario, no se comprende la falta de probidad lógica de un sistema que, por lo mismo que por su eclecticismo lo

quiere ser todo, no consigue ser nada, pues se le ha llamado á un tiempo *racionalista* puro, *panteísta*, *monoteísta*, *espiritualista*, *orgánico*, *armónico*, y... ¡qué sé yo! Lo que prueba el prestigio que tienen todos los abismos, es que esta especie de rompecabezas chino ha formado escuela, y hay quien asegura que hasta ha tenido discípulos.

Después de examinar los sistemas filosóficos totalmente panteístas, pasemos á estudiar los que son más ó menos cosmológicos; en la inteligencia que todos estos sistemas son como Anteo, que reciben su fuerza de la tierra.

III.

De este sistema es hijo primogénito el *Dualismo*, que contempla á un tiempo y separadamente el espíritu y la materia, un hombre y una mujer inmortales, una especie de matrimonio mal avenido, cuya unión necesaria, pero cuya desavenencia natural producen el mal sin término y el dolor sin término y medida.

IV.

Viene luego el *Materialismo* simplificando el problema del Dualismo; y descartando el término espiritual, deja como único factor la materia, que englobada ó desenglobada en cuerpos, no es más que el desarrollo espontáneo de una naturaleza ciega que á lo que más se eleva es á considerar el universo como una multitud de átomos movidos al azar y que en algunas ocasiones obedecen en sus movimientos á las leyes de la mecánica. El *Materialismo* es una completa castración espiritual. Los filósofos, ó más bien los fisiólogos de este sistema, discurriendo á lo patán, creen, como Cabanís, que el pensamiento es un producto de la digestión del cerebro, y no reconociendo más origen de ideas que el tacto de Condillac, quieren, como Broussais, que se haga dasaparecer ese muro de bronce que los metafísicos han levantado entre los hombres y los animales.

V.

El *Positivismo* moderno es para el materialismo lo que el criticismo para la psicología: un procedimiento, más bien que un sistema sustantivo. Ei *Positivismo* no es una ciencia, sino un método de exploración: es el ciego que procura tender el palo con tiento para no descrismar bruscamente á sus semejantes. Este renacimiento de la *filosofía experimental* de Bacon es el camino real para llegar á casa de Epicuro y visitar como amigos á comensales en cuya piara formaban voluntariamente personas tan distinguidas como el elegante Horacio.

Don Quijote á caballo de Clavileño me parece menos ridículo que los filósofos positivistas que pretenden galopar hacia lo ideal montados muy gravemente sobre el hecho, ó, lo que es igual, sobre el pollino de Sancho.

VI.

¿No es verdad que paraliza el corazón y asfixia el cerebro este aire encalmado que apenas puede sostener los miasmas de la tierra por donde ha pasado?

Pero abandonemos la región de los pantanos, porque este vapor séptico tan malsano descompone la sangre y da un profundo sueño; y en ciertos días, á ciertas horas y bajo la sombra de ciertos árboles, ¡dormirse es morir!

CAPÍTULO IV.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ANTROPOLÓGICO.

I.

Vamos ahora á explicar los sistemas en que no se reconoce más Dios que la *propia conciencia*.

Si el dios *naturaleza* es despreciable, el de el sentido *íntimo* es temible.

Cuando Dios no es un gran Justicia en el cielo, es un sér ajusticiable en la tierra.

En estos sistemas en que la conciencia propia es el juez árbitro de todas las acciones de la vida, María Magdalena no tendría nada de qué arrepentirse.

Y es porque la mayor parte de los psicólogos que creen que están en paz con su conciencia, no conocen que lo que hacen es estar en amores con su propio egoísmo.

Como preliminar del examen del psicologismo, diré que en este sistema en que todo se sacrifica al alma, el alma abandonada á sí misma es imposible que pueda resolver por sí sola el problema de la felicidad.

II.

Yo, aunque me reconozco bueno, soy poco sufrido, literariamente hablando, y me permito á menudo dudar de algunas omnisciencias colectivas, y por lo mismo no quiero dejar de indicar que la responsabilidad del desarrollo del cartesianismo debe recaer principalmente sobre casi todos los teólogos, cegados por el odio al panteísmo, odio heredado de los primeros y de los últimos controversistas, que siempre tuvieron rencor á los dioses del politeísmo.

Es forzoso defender á la Iglesia de la torpeza de algunos eclesiásticos.

Es verdad que hace poco tiempo se ha

caído en la cuenta de que se debían condenar desde muy arriba todos los sistemas filosófico-políticos actuales, y se encargó á un doctor, cuyo nombre no recuerdo, que formase un índice crítico condenando los que él juzgase errores modernos, aunque entre ellos los había tan antiguos como el mundo.

Como la obra del doctor privado no obliga, y puede ser revisada y discutida por lo mismo que ni es declaración dogmática ni constitución pontificia, diré que eso de apuntar con una instrucción filosófica prendida con alfileres, y expresada en un lenguaje anacrónico y mal entendido, á las frentes de muchos liberales, sinceramente católicos, para dar por tabla en algunas cabezas italianas cubiertas con el gorro garibaldino, llevando á la teología cuestiones que hoy son del dominio de la Teodicea, mezclando lo dogmático con lo disciplinario y lo temporal con lo eterno, dando por no resuelta todavía la cuestión de la Iglesia y del Imperio, considerando á los partidarios de el *concepto de nacionalidad* del Sr. Cánovas del Castillo como unos desertores á quienes se llama por pregón para formarles un consejo de guerra autocrático, me hace pensar que la expresión del doctor al leer su trabajo sería igual á la cara de extrañeza que debía poner Epiménides al romper á hablar después de un sueño de ochenta años.

III.

Pero debemos disculpar en parte al doctor que, al resumir los errores modernos, se atuvo para juzgarlos al mismo patrón que obligó al presbítero D. Jaime Balmes á no pasar de ser un pensador muy mediocre. La gran *Summa* es la filosofía de los *cuasis*, pues *cuasi* es sensualista como Locke; *cuasi* idealista como Berkeley; *cuasi* subjetivista como Kant; *cuasi* panteísta como Malebranche; y en ética gubernamental *cuasi* es tan conservadora y también *cuasi* tan liberal como cualquiera *cuasi* filósofo como yo.

Voy á hacer una confesión para que se me perdone el pecado. Creo que parte de la antipatía que me produce la filosofía de Santo Tomás, nace de un recuerdo para mí muy desagradable. En cierta ocasión el Sr. D. Federico de Madrazo, el pintor ideal que, sin detrimento del parecido, hace encantadores hasta los objetos feos, nos retrataba en su estudio al célebre D. Jaime Balmes y á mi insignificante persona. Con un espíritu tan vivaz como el de éste y una naturaleza entonces tan inquieta como la mía, se suscitaban entre ambos cuestiones que luégo llevamos á la prensa. Yo tenía una indigestión escolástica, que algunos años antes me había proporcionado en Santiago de Galicia un clérigo que se había propuesto enseñarme la filosofía de Santo Tomás. Debí yo hacer alguna apreciación acaso poco exacta y demasiado pintoresca de la filosofía tomista, porque el Sr. Balmes, tal vez con razón, se quedó ofendido de esta maldita costumbre mía de decir todo lo que siento.

Si fuera hoy, que ya *cuasi* sé tanta filosofía como el cura que me enseñaba en Santiago, le probaría al Sr. Balmes que á pesar de los esparadrapos con que ha procurado juntar varias partes desligadas; de las pajuelas que ha quemado para alumbrar algunas oscuridades, y de los serruchos con que ha podado muchas excrecencias; todavía la filosofía tomista, nacida en la mala época en que la metafísica la constituían tres cuartas partes de teología, aun expuesta por el mismo Sr. Balmes, es un conjunto multicoloro y contradictorio, del cual pudo sacar Locke «su conocimiento humano que se verifica procediendo de lo *sensible* á lo inteligible;» Kant su concepción del espacio «que es una mera *ilusión* y que no tiene más realidad que la de una representación *imaginaria;*» la escuela

idealista, si no sus ideas innatas, al menos «sus verdades innatas, ó *cuasi* innatas;» los panteístas algunas afirmaciones, tales como la de que «la inteligencia humana es una *participación* de la luz increada que contiene las razones eternas de las cosas;» los políticos conservadores la teoría de que «la mejor forma de gobierno es la mixta, en que entran á la vez la potestad real, la aristocracia y la democracia,» y los ediles municipales la máxima de cajón de que «los gobiernos deben procurar la paz y la abundancia de las cosas necesarias para la vida.»

Siento mucho tener que repetirlo después que ha muerto el Sr. Balmes, pero la grandeza de la filosofía tomista, aun después de modificada y modernizada por él, de estar expuesta con una sobriedad atractiva por el P. Ceferino, y de ser poetizada por un orador á quien no le cabe el talento en la cabeza, como el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon, todavía me hace el mismo efecto que la magnificencia del palacio de Tito, que todos la encontraban *llena de tristeza*.

IV.

Pero continuemos discutiendo quién es el verdadero autor que fecundó el primer huevo dentro del cual se desarrolló esta generación de víboras.

Desde que se vió la primera chispa del incendio en el «pienso, luego soy,» ¿no hubo tiempo, hasta ahora, de echar las campanas de las parroquias á vuelo para avisar el peligro?

Hasta el mismo P. Ceferino González,—y no digo nuestro Arzobispo de Sevilla, porque, como yo soy algo artista, prefiero designarle con el nombre que le hará inmortal, aunque la dignidad de seguro le hará santo,—en su *Historia de la filosofía* me echa un sermoncito sobre mi ortodoxia, que él juzga sin duda un poco laxa porque creyó hallar en mis escritos alguna expresión de sabor panteístico. ¡Pobre dios Pan, tan inofensivo como un cocinero y tan dormilón como un borracho alcoholizado!

Y ahora que se me presenta la ocasión de contestar á los sermones del P. Ceferino,

me creo en el deber de decir claramente que esa admirable colección de sabios que forman la Iglesia católica, con su manía, algo hiperbólica, contra el panteísmo, y creyendo que el cartesianismo, al partir del espíritu, era una filosofía *espiritual*, fué la principal promovedora de eso que se entiende hoy por *espíritu moderno*, y la que por medio de sus Sorbonas católicas ha consentido, en odio al panteísmo, que el espíritu humano llegase á ese estado patológico que es el *delirium tremens* de todo orgullo y de toda rebelión. ¿Qué mal puede resultar de que algunos Padres de la Iglesia se hayan embobado un poco en la visión en Dios como el P. Malebranche, y que algunas santas nerviosas se coman á Jesús á besos en los deliquios de un sueño? Hay un panteísmo de sentimiento, que no tiene nada que ver con el panteísmo de la raza de las ideas, y esta gravitación simpática hacia las entrañas de la madre que nos ha dado el ser, es mucho menos perniciosa que esa actividad febril del yo pensante, que, gracias al error de los que han debido ser guardianes de toda sabiduría, ha permitido que con el embozo de la duda metódica acabase por ser el baile de San Vito de la razón humana. Yo prefiero á la demencia del psicologismo el poema hegeliano, que si hiela el corazón, entretiene la inteligencia con la

simetría y la grandeza de su desarrollo. Fundar una epopeya metafísica en una base tan ridícula como la idea del «Ser-nada ó la Nada-ser,» que anula el principio de contradicción «de que una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo,» es empezar por burlarse del sentido común del género humano, es una irrisión tan enorme como todas las comedias de magia, cuyos efectos maravillosos no tienen más que un desencanto, y es el de que están fundados sobre una mentira. ¡Sí, sí, P. Ceferino!, persigamos sin tregua esa duda metódica, que acaba por ser una negación sin método, y veamos con pesar, aunque sin enfadarnos mucho, los aires de matón intelectual con que Hegel pasea desde la nada al ser y desde la naturaleza al espíritu, su idea *cósmica*, ese dios Pan con quien todos los días nos ponemos en contacto con el tacón de las botas; que se muda de gregüescos en medio del escenario con el candor de un personaje de una comedia de Juan de la Encina; y tengamos presente que no sienta del todo mal al orgullo del hombre el que se crea espiritualmente enfermo de fiebre tifoidea cosmológica, para que recuerde de cuando en cuando que su cuerpo procede del limo de la tierra!

V.

Y al entrar en el examen de la escuela *Yoísta*, que en tiempo de Sócrates era antropológica y que después de Descartes es psicológica, debiéramos comenzar por borrar el *Nosce te ipsum* del frontispicio del famoso templo de la antigüedad, y grabar en él esta inscripción, mucho más exacta que aquélla: «¡Panteón de la nada!»

Esta escuela, que excluye toda clase de supernaturalismo en la vida, empezando en el Racionalismo, ha concluído en lo irracional.

VI.

La más digna manifestación del racionalismo es esa rama *Estoica* en la cual han figurado hombres del temple y de la inteligencia de Zenón, Séneca, Epicteto, Marco Aurelio, etc., y que consiste en asegurar que

la razón, que en ellos no es la razón intuitiva sino la razón discursiva, es el principio universal, y que lo demás es nada. El dolor y el placer no son más que ilusiones. El único estado digno del hombre es la *apatía*, una indiferencia absoluta por todo cuanto viene de fuera, inclusos los goces y las privaciones, fundándose en la razón de que no existe nada bueno sino lo que es honesto, ni nada malo más que lo que es deshonesto.

La dificultad de todo esto estriba en que el *Estoicismo*, no teniendo tipos ontológicos á que referir lo que es bueno y lo que es malo, sus fines honestos ó deshonestos son subjetivos y caprichosos como su razón, y sus acciones virtuosas son ilusiones tan vagas como las nociones que tiene sobre todos los demás seres. Los estoicos son unos fachendas que desafían al dolor para tener el orgullo de luchar con él frente á frente. El buen cristiano es más humilde y no menos arrogante; no llama al dolor, pero lo espera á pie firme.

VII.

El *Cinismo* es el hijo pródigo impenitente y desarrapado del Estoicismo. Cuando Alejandro Magno lo halló metido en el tonel, debió taparse las narices y huir de él como de un estoicismo en putrefacción.

VIII.

Después de examinar la razón *apática*, hablemos del *Eclecticismo*, que es donde empieza la inquietud de la razón.

Casi no hay ningún filósofo que en alguna de sus afirmaciones no sea, contra su voluntad, traidor á su sistema, y tenga algo de ecléctico. Platón era gentil, y por sus ideas parece alguna vez más cristiano que muchos Padres de la Iglesia. Varios santos que copiaron las reglas de su conducta de los atributos de Dios, no hubieran desdeñado la

moral severa del estoico Zenón. Condillac era buen católico, y acabó por comulgar con ruedas de molino con los materialistas. Malebranche, que además de buen católico era un filósofo agudo, se echó de cabeza en el panteísmo, arrastrado por su amor á Dios.

Ya desde antes de Cicerón, y después que este mismo echó las bases de sus componendas filosóficas diciendo que *hay muchas cosas probables*, el Eclecticismo es la olla podrida donde cada alma toma la clase de alimento que más le agrada; y si en teoría es ilógico, embrollón y amañado como un expediente, en la práctica, Enrique IV, como buen ecléctico, dice que «París bien vale una misa,» sin perjuicio de no oir después la misa que aseguraba que valía París.

IX.

Y entregando al desdén que se merece al Eclecticismo, como un casamentero oficioso de la verdad con el error, veamos cómo la duda metódica de Descartes se ha convertido en la negación sistemática de Kant.

En su criticismo implacable, Kant mata á

Dios en su *razón teórica*. Pero viendo que su criado se afligía por este deicidio, lo volvió á resucitar con la varita mágica de su razón *práctica*. En este asunto Kant tuvo menos probidad lógica que Descartes, quien mostró gran firmeza en no conceder alma á los animales, á pesar de que su sobrina, que debía ser algo espiritista, necesitaba una para metérsela en el cuerpo á la parlanchina de su cotorra.

X.

Y siguiendo las estaciones del calvario de esta escuela, examinemos el carácter más decidido de las tres Euménides de la filosofía, el *Escepticismo*, el *Pesimismo* y el *Nihilismo*.

Después del *Escepticismo*, comprendido entre Demócrito, que decía que la verdad está oculta en un pozo profundo, y Pirrón, que lo negaba todo, vino el *Pesimismo* moderno, que, empezando por asegurar con Fichte que este mundo es *el peor de los mundos posibles*, concluye en Hartman por enchufar en la idea pasiva de Hegel la voluntad activa de Schopenhauer, y amasando con las dos un compuesto llamado el Todo-Uno, fatuo y loco á la vez, *inconscientemente* se arrastra á un suicidio completo, á la supresión total del universo mundo, á un Pirronismo perfeccionado, á un Nihilismo absoluto, que lo niega todo, absolutamente todo, menos la utilidad de la nada.

Y he aquí cómo se suceden uno tras otro esta colección de dramas lúgubres de la filosofía moderna, que, después de convenir idealmente con Calderón en que *la vida es sueño*, acaban por maldecirla prácticamente como una horrible pesadilla, y por decir, como el gran poeta inglés, «que la felicidad consiste *en no haber nacido*.»

XI.

Pero ¿queda todavía en esta dinastía de desesperados de la razón algún individuo digno de mención? ¡Sí! Todavía queda sin nombrar un monstruo incomprensible, el *Ateísmo*, que, después de decapitar á Dios, no cree, ni goza siquiera con la voluptuosidad de la nada. Del *Ateísmo* ya decía Platón que, en vez de ser un error de la inteligencia, es una enfermedad del alma. Pero ¿hay

algún hombre completamente ateo? Yo lo dudo, porque es más difícil de lo que parece que un animal bípedo, como el hombre, se ponga á andar en cuatro pies.

XII.

Pero no desconfiemos del todo del buen sentido del género humano venidero. Estos sistemas del Yo, más ó menos absolutos, son procesiones de fantasmas siniestros que acabarán por desvanecerse al contacto de las realidades de la vida. ¿Será posible que sean viables por mucho tiempo unos sistemas en los que se halla la sociedad sin autoridad, la autoridad sin fuerza, lo de arriba sin Dios, lo de abajo sin nada que aliente, la moral sin tipo, la virtud sin objeto, el malo sin temor, el bueno sin esperanza, el rico sin freno, el pobre sin amparo, el derecho sin sentido, la ley sin sanción, y como fin de todo la muerte y como fin de la muerte la nada?

Es imposible. Y si á la lógica de las ideas siguiese siempre la lógica de los hechos, al llegar á este desierto moral, el término de la

egolatría, del *yo* absoluto, debía ser, ¿y quién duda que ya lo es frecuentemente?, la anulación del *yo* relativo, pegándose cada filósofo, digno de serlo por su carácter, un pistoletazo en la sien.

CAPÍTULO V.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LAS CIENCIAS.

I.

En la antigüedad había ciencia, pero no existían ciencias.

En los tiempos modernos, que hay ciencias, se procura en vano emanciparlas de la metafísica, que es la ciencia *única*.

Un cierto naturalista moderno niega que haya una ciencia madre llamada metafísica, y sostiene que lo que hay de científico en las ciencias no es tomado de la metafísica general, sino que es la metafísica propia de cada ciencia.

Ni esta escapatoria es admisible.

Sólo es científico lo que es universal, y sólo es universal lo que comprende á todas y á cada una de las ciencias.

Después de más de tres mil años que no hemos podido ponernos de acuerdo en nada, las ideas flotan por el cielo, desprendidas y sin ordenar, que es lo mismo que si de resultas de un terremoto echasen á volar espantados todos los pájaros del mundo, y luego los quisiésemos clasificar á vuelo perdido por el aire.

La pretensión de este *Ideísmo* es la de inaugurar un método que tienda á reducir, si es posible, nuestras ideas generales á una sola idea universal, siguiendo el pensamiento de Santo Tomás, cuando decía: «que el hombre piensa más, cuantas menos ideas más generales tiene, hasta llegar á Dios, que todo lo ve con una sola idea.»

II.

La filosofía, la religión, el arte y la ciencia son una misma idea transformada, y sólo es ciencia, religión y arte *fuera*, lo que es metafísica *dentro*.

Y antes de pasar adelante establezcamos la línea divisoria que separa la ciencia primordial de arriba con las ciencias secundarias de abajo.

La razón *intuitiva* es el balcón del lado de allá de las ideas por donde Newton se asomaba á ver el *inexplorado mar de lo infinito;* y la razón *reflexiva* es la ventana del lado de acá de las mismas ideas por donde sólo entreveía los hechos diminutos que Locke le había hecho creer que daban conocimientos.

Se ha notado que los que estudian demasiado estos conocimientos que da la experiencia, *saben* más, pero acaban por *entender* menos.

Ciertos hombres de estudios inferiores, un poco autorizados por Santo Tomás, que quiso dar á todas las cuestiones teológicas por base la razón *discursiva*, han venido confundiendo lamentablemente las ideas de la metafísica con los sentimientos de la religión. Las mujeres, que son más inspiradas que raciocinadoras, nunca dicen «mis *ideas*,» sino «mis *sentimientos* religiosos.» Y esto es pensar con acierto.

La metafísica, la teología y el arte tienen por base: la primera, la *razón;* la segunda, la *fe;* y la tercera, la *sensibilidad*. Lo que es *idea* en *metafísica*, es *sentimiento* en *religión* é *imagen* en *arte*. En filosofía se *acepta*

lo que se *prueba;* en religión se *cree* lo que se *siente*, y en arte se *admira* lo que se *ve*.

Pero existen hoy, vuelvo á decir, unos presuntuosos críticos que pretenden arruinar la teología tratando de ponerla en contradicción con las ciencias físicas, y juzgando sentimientos ultraideales con razonamientos de porteros de escuelas de artes y oficios.

Estos réprobos de lo trascendente, que atacan lo teólogico con lo pedagógico, me hacen el mismo efecto que si á una joven desposada, para quien su anillo nupcial fuese el símbolo y la representación de todas sus dichas pasadas, presentes y futuras, le quisiesen probar que su alhaja predilecta era un hervidero de sueños sin utilidad, y que no contenía nada tierno, nada verdadero, nada bello, nada santo y nada, en fin, que pudiese tener interés práctico en su vida.

¿No es verdad que la mujer á quien se le hiciesen esta clase de argumentos diría que el que le hablaba era un loco escapado de una jaula?

El profesor Draper ha escrito una obra titulada *Conflicto entre la ciencia y la religión*, que es el encanto de todos los positivistas que ignoran que cuando los problemas metafísicos entran en la región de la teología, dejan de ser *ideas* para convertirse en

sentimientos, y que éstos se creen ó no se creen, pero no se discuten.

La manía de confundir lo físico con lo moral, recuerda á cierta señora que, encontrando demasiado grosero el que las ostras se abriesen con un objeto de hierro, la atormentaba el problema de estudiar si sería posible abrirlas por medio de la *persuasión*.

Cuando veo á Draper tratando inútilmente de convencer á un paleto de que la rogativa que hace á Dios para que llueva es ineficaz por ser contraria á las leyes naturales de la meteorología, el paleto me parece un profesor, y el profesor un paleto.

III.

Después que la idea universal de ser se divide en estas tres clases de ideas, las clases se van subdividiendo en géneros, los géneros en especies y las especies en variedades; pero perteneciendo siempre cada una de estas ideas individuales á su especie, su género y su clase.

Los innumerables filósofos y artistas que, muchas veces sin saberlo y casi siempre sin

quererlo, con desviaciones más ó menos notables, son la encarnación viva de alguno de estos tres ideísmos, contribuyen á dar dirección y á aumentar el caudal de esas tres corrientes de ideas que alternativamente forman la opinión de grandes regiones del mundo intelectual, ya la ontológica, ya la cosmológica, ya la psicológica.

En lo científico existe lo individual, las fracciones de ideas, que forman el *conocimiento;* lo general, con ideas todavía finitas, que constituyen las *ciencias;* y lo universal, con ideas totalmente infinitas, que son la *filosofía.*

Así, se dice que el conocimiento es un saber no *unificado;* la ciencia un saber *parcialmente unificado,* y la filosofía el saber *completamente unificado.*

La verdad de las cosas no es mas que la verdad del entendimiento. Las cosas existen; pero sólo por las ideas se puede conocer su existencia. Todos los objetos, sin la inteligencia que los hace comprender, serían unos fantasmas visibles.

No se enfaden los hombres de ciencia que blasonan de analíticos y prácticos si les digo que, como no puede existir análisis sin que le preceda una síntesis implícita, resulta que la experiencia sólo puede andar agarrada de la mano de una idea. Y al decir esto, ¿se cree

que es tener en poco la experiencia? Al contrario, se le concede todo el honor que merece. El sentido es un aldabón, y el hecho lo mueve para producir la sensación del aldabonazo. La experiencia toca con el sentido, se forma la sensación y, si la idea es llamada con acierto, responde inmediatamente dando á conocer el hecho por su nombre.

Lo especulativo es la razón de lo práctico. Todo análisis es una síntesis vergonzante.

¿Quién ignora ya en el mundo que es un axioma evidente que toda verdad inferior forma parte de otra verdad superior?

Yo aspiro á que los naturalistas respeten, como es justo, á su madre la metafísica, y que los filósofos vivan en paz con sus hermanos menores, los hombres de ciencia. Y llamo hermanos mayores á los filósofos, y menores á los naturalistas, porque un candil con aceite de ballena colgado de la nariz de un metafísico, siempre dará más luz al mundo que todos los inventos hechos sobre esa luz eléctrica que acabará por hacer de la noche día.

IV.

Los que se llaman hombres de ciencia por antonomasia, así como sus satélites los pensadores que presumen de materialistas, no suelen ser mas que unos cosmólogos ó, más bien, unos panteístas cortos de alcances. No hay día en que, después de fustigar á los artistas y á los filósofos con gracias de esas que sólo hacen reir á los labriegos, no se dirijan á sí mismos los más encomiásticos ditirambos, por ser los iniciadores de un bienestar material, que yo no niego, y de un progreso que no quiero discutir. Hoy es cierto que vivimos más, pero ¿vivimos mejor?

Es una verdad incontestable que el progreso científico ha elevado el nivel de la sabiduría. Gracias á la mayor ilustración de los tiempos, sé yo la mitad más que Sócrates, pues, sabiendo *que no sé nada*, sé también que *tampoco saben nada* los demás.

Después que con las ideas de los filósofos algunos hombres de ciencia fabrican verdades más ó menos empíricas y cuya utilidad admiro, suelen lanzar sobre los mismos á

quienes deben su existencia intelectual y moral, el estigma de enemigos de cierto bienestar positivo, que es en lo que ellos creen que consiste la felicidad humana.

¡Ah! ¡la felicidad! Esto, más bien que una cuestión de física, es un problema moral. ¿Qué importa que el hombre llamado de ciencia nos construya una almohada cómoda de pluma para dormir, si poco antes del sueño un filósofo nos llena la cabeza de dudas, de sombras y de espectros? El aldeano que, después de haber trabajado honradamente, se acuesta sobre un poyo de argamasa y se duerme tranquilamente esperando que Dios premiará mañana el fruto de sus afanes, ¿no es más feliz que el gran Federico acostándose en su lecho de rey victorioso, después de una conversación con Voltaire?

V.

Yo no rechazo los progresos que pueden aumentar nuestra comodidad y nuestra salud. Pero la salud y la comodidad no constituyen la felicidad entera. Con vuestros talleres y vuestras fábricas me encuentro bien vesti-

do, es cierto; pero después de tener abrigado el cuerpo, necesito para el alma las telas tejidas con ideas. Es muy interesante que cada día se descubra un cuerpo simple, que después resulta ser un cuerpo compuesto. ¿Pero la química se va á contentar con buenas salsas para la cocina, y renunciar á perseguir algo semejante al antiguo ideal de la *piedra filosofal?* Es curioso saber por los astrónomos que tal día, á tal hora y en tal segundo empieza ó acaba un eclipse del sol ó de la luna; pero para mí es mucho más interesante pensar, como Sócrates, que puede haber genios superiores que desde las estrellas presidan los destinos de los hombres. ¿Qué interés puede tener la astronomía para nuestra alma si renuncia completamente á todos los problemas fantásticos de la antigua astrología judiciaria? Y, sin embargo, estos sabios de la naturaleza material escriben libros para poner en contradicción las religiones y la ciencia, y lo extraño no es que ellos los escriban, sino que haya quien los lea. ¿Qué le importa á la ley del espíritu la regla material de esos hechos, que para él son unas verdaderas mentiras? Un día en que Carlos V daba una batalla á los enemigos de su Dios, cuenta la tradición popular que se repitió el milagro tan controvertido de Josué, y que se paró el sol, dando lugar á que se terminase la batalla. Preguntándole al Duque de Alba, que era un positivista tremendo, lo que había de cierto sobre este particular, contestó: «Yo estaba tan ocupado en las cosas de la tierra, que no tuve tiempo de mirar al cielo.»

¡No hay nada tan verdadero como los espejismos de la fe!

Todos los fines utilitarios que se proponen los modernos sistemas filosófico-científicos, no tienen el valor moral de una sola de las emociones que produce la creencia en los milagros del santo patrón de cada pueblo.

¡Dejadnos! Dejadnos en paz con vuestras retortas, buenas para hacer guisados, y vuestras recreaciones físicas, excelentes para que hagan juegos de manos los saltimbanquis en las plazas públicas. ¡Detractores de los poetas! ¡Calumniadores de los metafísicos! no os empeñéis en que demos importancia á vuestras pamplinas, los que, al revés del Duque de Alba, estamos siempre mirando al cielo, y no nos ocupamos en ver lo que pasa por la tierra.

VI.

Nada prueba tanto la estulticia general como la palabra ciencia aplicada á cualquiera operación del entendimiento.

Por ejemplo: ¿se trata de zaherir en teoría el libro *Del Príncipe*, de Maquiavelo, sin embargo de poner después en práctica sus máximas?—Ciencias morales y políticas.

¿Se discute por dos oficinistas en qué clase de cabalgadura es más conveniente hacer un servicio público?—Ciencia administrativa.

¿Es ó no es cierto que la causa de la conquista de Egipto por los romanos fué la muerte de un gato?—Ciencia histórica.

¿Se pretende examinar quién engaña á quién en un cambio mercantil, ó la manera más fácil de que el dinero del bolsillo de un contribuyente, que lo ha ganado, pase al bolsillo de un contribuído, que, sin haberlo ganado, se lo gastará?—Ciencia económica.

¿Inventa Napoleón el arte, más antiguo que el reñir, de batir á pocos con muchos, y cuando se tienen pocos, buscar al enemigo en un punto dado donde éste tenga menos?—Ciencia militar.

¿Busca un pseudo-pensador cualquiera la manera de organizar asociaciones artificiales, inventando el modo de que nos estorbemos lo más posible los unos á los otros?—Ciencia sociológica.

¿Dificulta un teólogo el divorcio, poniéndose de parte de una mujer de un trato imposible, porque él no se ha de casar con ella?—Ciencia canónica.

¿Se disuelve un glóbulo homeopático de derecho sustantivo en un tonel de leyes adjetivas, sin honra de la justicia y con provecho de la curia?—Ciencia jurídica.

Es forzoso acabar con todas estas mistificaciones y estos embrollos, y decir de una vez para siempre que no hay ni puede haber más ciencia que una, que es la metafísica.

Hay que escoger por precisión entre la cabeza de las ciencias ó las ciencias de la cola.

Las ciencias sólo pueden ser, á lo más, una colección de pensamientos, pero la filosofía es la ciencia del pensamiento mismo.

Para las llamadas ciencias, el pensamiento es un medio, y para la filosofía un fin.

La ciencia significa *fijación de ser*, que es lo absoluto, y no se puede constituir ciencia con las contingencias de lo relativo.

Ya en Grecia se decía: «no es el ojo, no es el oído, es el espíritu el que ve y oye.»

VII.

No me cansaré de repetirlo, detractores del arte y calumniadores de la filosofía: la metafísica y la literatura, la ciencia del *fondo* y la ciencia de la *forma*, despreciadas ambas por políticos, eruditos, científicos é historiadores, son los dos únicos estudios dignos del verdadero sabio. Y cuando digo sabio, no hablo del sabio que *sabe*, sino del sabio que *entiende*.

Todo escritor sin metafísica es un indocto, y si no tiene literatura, un desmañado.

La forma es el vestido de luz del fondo de las cosas, y hasta de las cosas también que no tienen fondo.

Saber *pensar* y saber *expresar*, he aquí el objeto de la metafísica y del arte.

Supongamos, y no es mucho suponer, que yo soy este año presidente de la sección de literatura y artes del Ateneo, y que me propongo probar que es de evidencia inmediata la siguiente tesis: «Que las dos cosas más dignas de estudio son: 1.°, la metafísica, ciencia de *las concepciones*, y 2.°, el arte, *ciencia de las imágenes*.»

Para conseguir este objeto, se prepara una discusión extraordinaria, y al inaugurarse la sesión, se presentan tres naturalistas con los cuales el presidente entabla el diálogo siguiente:

—¿Quién sois vos?

—Yo soy un representante de aquel Newton que ha formulado la ley de la gravitación.

—¿Un sabio que fué un poco metafísico? Adelante.—¿Y vos?

—Yo soy un discípulo de Linneo, que ha presentido la ley de la clasificación natural de las plantas.

—Muy bien; pase V. Un botánico poeta.—¿Y vos?

—Yo represento á Cuvier, que ha descubierto la ley de la correlación de las formas.

—¡Magnífico! Ya tenemos entre nosotros otro generalizador de talento.

El presidente, que sabe que el Sr. D. José Rodríguez Carracido es un ideísta por temperamento y un positivista por oficio, le ruega que nos describa... ¿qué diré yo?... un *melocotón*. Extrañeza general.

El Sr. Carracido, dando envidia á Linneo, dice: «El melocotón es un fruto que pertenece al *reino vegetal*, del *tipo* de las *vasculares*, de la *clase* de las *dicotiledóneas*, del *orden* de las *calicifloras*, de la *familia* de las

rosáceas, de la *tribu* de las *amigdáleas*, del *género pérsica*, etc., etc., etc.»

—Muy bien,—replica el presidente, aplaudiendo al Sr. Carracido;—pero esa definición es metafísica pura, porque en ella, lo mismo que pasa en las matemáticas, se hace responder á la materia á las leyes del pensamiento. Por consiguiente, espero que el señor Carracido nos hable de la parte *positiva*, diciéndonos en qué consisten el olor y el sabor del melocotón.

El Sr. Carracido, con la modestia que le es propia, responde que el olor y el sabor consisten en las diferentes proporciones del oxígeno, hidrógeno y carbono, pero que la esencia de estos tres factores no se ha sabido, no se sabe, ni se sabrá jamás en qué consiste.

Al oir esto, murmura Linneo dirigiéndose á Newton: «Es decir que nosotros no conocemos los cuerpos sino por sus cualidades, por sus virtudes, por sus fuerzas y por sus efectos; pero su naturaleza nos es y nos será siempre desconocida.»

Primer triunfo de las ideas sobre los hechos.

Después, el Sr. D. Urbano González Serrano, espiritualista de oración completa, aunque positivista entre paréntesis, se levanta á sostener «que las instituciones son

incrustaciones.» ¿Incrustaciones? ¿Como los carbonatos de cal, por ejemplo? ¿Quiere esto decir que las instituciones divinas son *estalactitas*, y las instituciones humanas *estalacmitas?* Esto, que juzgo una metáfora, necesita una explicación del Sr. González Serrano, y al hacerla, le ruego que no concluya, como Spencer, sus investigaciones en lo *incognoscible*, porque esto que se llama lo *incognoscible* es precisamente lo único que al hombre le interesa conocer.

Pero el Sr. D. Ignacio Pintado, que siente la intuición ontológica hasta en la médula de sus huesos, le replica que sólo es verdaderamente positivista lo que es ideísta, y que para el orden de las ideas, según dice Hegel, «el número de estrellas fijas no tiene más importancia que el número de pústulas que ofrece una erupción de la piel.»

«Es decir, exclama Newton, acercándose al oído de Cuvier, que yo he sido un niño (son sus palabras textuales) que he jugado á recoger conchas en la playa, mientras que se presentaba ante mis ojos el *inexplorado mar de lo infinito*.»—«¿Qué queréis? le replica Cuvier; los hechos individuales no son mas que cabos sueltos de ideas. Las grandes concepciones de la eternidad y de la inmensidad no pueden derivarse de la experiencia.»

VIII.

Al llegar á esta parte de la sesión se pone fuera de discusión la metafísica, por haber quedado triunfante con la confesión de los tres mayores sabios modernos, de que sólo los *seres de razón* pueden explicar los *seres de naturaleza*.

Y después, el presidente, deseoso de volver también por los fueros del arte, le da la palabra al Sr. D. Miguel Sánchez, el cual, más que por convicción por mortificar un poco al presidente, sostiene que el arte en general y la música en particular *no sirven para nada*.

Al escuchar esta desafinación, el señor D. Julio Burell, que, aunque presume también de positivista, es un idealista que sueña en alta voz, le contesta «que sólo es inmortal lo que el arte inmortaliza.»

Y, por último, para excitar prácticamente el cerebro del P. Sánchez, el Sr. D. Conrado Solsona, poeta y orador que posee el arte difícil de ser tan ingenioso como ingenuo, se levanta con un papel en la mano, y dice:

«Para probar la excelencia del arte no vais á escuchar nada de *La vida es sueño* de Calderón, ni del *Quijote* de Cervantes, porque si llegasen á oir algunos trozos de estas obras inmortales los señores Newton, Linneo y Cuvier, que, además de *saber*, *entienden*, creerían que yo los leía, más que para probar mi aserto, por un exceso de amor propio nacional. Para hacer la apología del arte, me basta sólo con que os dignéis escuchar este madrigalito, tan modesto como superficial:

«Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuanto más piadosos,
Más bellos parecéis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me miráis con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.»

Al concluir el Sr. Solsona, hasta el mismo P. Sánchez, que es la ingenuidad andando, aplaude el madrigal de Gutierre de Cetina. Y «¡eso lo siento yo así!» dicen los jóvenes, y «¡eso lo he sentido yo así!» dicen los viejos.

Y ¡oh triunfo eterno del arte! al despedirse los representantes de los señores Newton, Linneo y Cuvier del presidente del Ateneo, le dice Linneo: «Ese precioso madrigal ya

hacía la delicia de vuestras abuelas.» Y el señor Cánovas del Castillo, que pocas veces se suele equivocar, le contesta: «Y seguirá siendo también el encanto de nuestras nietas.»

IX.

Y ya que he contestado con razones á los desprecios de los que ignoran que la metafísica es la única ciencia que enseña á *pensar*, y la literatura el único arte que enseña á *expresar*, ruego á mis amigos de la sección que no piensan como yo, que se dignen perdonar, ya mis juicios equivocados, ya mis frases joco-serias, teniendo en consideración que yo sólo soy un poeta de afición y un filósofo de oído.

Y, al menos por esta vez, que me sirva de disculpa la frívola seriedad de algunos entes que, en vez de tratar alegremente, como yo, las cosas graves, tratan con la mayor gravedad las cosas superficiales, y que, para rebajarme como filósofo, dicen: «¡es un poeta!» y para desautorizarme como poeta, exclaman: «¡es un filósofo!»

CAPÍTULO VI.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN EL ARTE.

I.

Ya lo he dicho, y lo repito: partiendo de la noción de *ser*, no hay más que tres dioses concebibles: el *Dios Padre*, el *dios Pan* y el *dios Yo*.

De estas tres ramas de un tronco único, nacen tres órdenes de ideas; y de estos tres órdenes de ideas deduce el arte esas tres clases inmortales de imágenes que se refieren á Dios, á la naturaleza y al hombre.

Como consecuencia de este principio se deduce que no habiendo más idea sustantiva verdadera que la noción de ser, de esta idea

primitiva se derivan las tres corrientes de ideas cualitativas que imprimen carácter á las cosas consideradas teológica, cosmológica ó antropológicamente.

Todas las ideas proceden de un tronco común, y sólo se diferencian por la forma de expresión.

La belleza es la verdad bajo una forma sensible.

Recordemos que sólo es arte fuera lo que es ciencia dentro, y, por consecuencia, todo arte es una ciencia transfigurada.

Si la metafísica se ha podido llamar *ciencia de las concepciones*, el arte, que las exterioriza, es la *ciencia de las imágenes*.

El arte, como *ciencia de las imágenes*, es el primer medio de expresión de que se valen la ternura, el candor y la inocencia. Una mujer para dar lecciones á un niño, no le dice: eso es falso ó verdadero, bueno ó malo; sino que le dice: «eso es hermoso,» ó «eso es feo.»

David, Dante, Fr. Luis y Calderón son los caudillos de la derecha del arte que representan el mundo *superior*. Homero, Virgilio y la mayoría de los clásicos pintan el mundo *exterior*. Leopardi, Byron y Goethe describen el mundo *interior*.

De estas tres clases de artistas, que representan las tres escuelas únicas posibles en

la esfera del arte, los primeros forman sus imágenes teniendo por base la *intuición ontológica;* los segundos, la *sensación externa*, y los terceros, el *sentido interior*.

El arte, libre por naturaleza, rechaza la absolutividad ideísta de los sistemas filosóficos, y forma un eclecticismo artístico universal en que entran en proporciones varias todos los elementos de las tres maneras de pensar.

II.

Dante sabía toda la ontología de su tiempo, y, como era tan supremo artista, sus ideas abstractas las convirtió en imágenes concretas, y escribió el mejor de los infiernos, llenándolo de todas las clases de esos menesteres que hacen recordar las calderas que dicen que se usan en las cocinas de Pedro Botero.

¡Y cuánto más alto y más elocuentemente hablan las imágenes que las ideas!

¿No es verdad que todas esas disertaciones teológicas de Lutero y de Enrique VIII contra alguna de las cabezas visibles de la Iglesia no causan el efecto que aquel olor á carne

de papa frito que hace irrespirable el aire de las mansiones de la ciudad de Dite?

El ontologismo artístico, ó lo que se llama el arte cristiano, si es grande en literatura y en arquitectura, es mediano en pintura, nulo en música, y más nulo todavía en escultura.

Y ¿quién tiene la culpa de que el cristianismo romano haya abdicado el cetro omnipotente de todas las artes, con el cual hubiera imperado, no sólo en el reino abstracto de las ideas, sino también en el mundo encantado de las imágenes?

El famoso Pontífice Gregorio VII, santo para las iglesias que han querido reconocerle como tal, en uno de esos raptos de intolerancia que tan caros pagó después la Iglesia, desterró de los monasterios el cultivo de las artes. Como consecuencia de esto, el número de monjes artistas se fué reduciendo, y aumentándose el de los artistas seglares; y el arte, desterrado del templo, se fué haciendo, primero mundano, después protestante y por fin completamente pagano.

III.

La pintura, con gloriosas excepciones, dejó de figurar en los templos para pasar á los museos, y las que se hacían por encargo de los cabildos ó prelados se reducían á la fastidiosa reproducción de aquellos martirios de santos, sobre cuyo repugnante naturalismo Byron dice que sentía tentaciones de escupir.

IV.

La escultura, que sólo existe cuando se obliga al mármol á palpitar como si fuese carne, fué sustituída con armazones de palitroques cubiertos con telas de un lujo dominguero. La expresión vulgar de «está hecho un Nazareno,» se aplica á un hombre mal fachado, vestido de arlequín y con un cabello largo que hace dudar si jamás ha habido peines en el mundo. Las santas, abro-

chadas hasta la barba, con trajes de etiqueta, recuerdan la asfixia en un país tan caluroso como el nuestro; y si es verdad que con esta exageración gana mucho la castidad, en cambio pierde bastante la gracia, y yo no sé por qué esta virtud ha de ser considerada siempre como un poquito pagana.

Y hay que prescindir de hipocresías. La escultura ha nacido pagana, y pagana morirá. La forma humana es más hermosa á medida que el alma se transparenta más en ella. El mármol, ó no es estatuaria, ó ha de palpitar como la carne, ésta ha de trascender á vida, la vida á alma y el alma á pensamiento.

V.

¿Y la música? Los órganos de iglesia, condenados por orden superior á repetir, como si fuesen grillos enormes, los acordes monótonos y persistentes del ontológico canto llano, recuerdan su eterna confraternidad con el legendario órgano de Móstoles. El canto, gangueado por religiosas sin pasiones, es parecido á las canciones callejeras de los ciegos constipados; y, excluídas del tem-

plo las voces femeninas con alma, están sustituídas por unos tipos gordinflones, de sexo dudoso, que cantan en falsete, entre la fisga de las mujeres y la grima de los hombres.

¿Será posible que la Iglesia haya podido atribuir jamás á la música malas intenciones? No lo creo. Cierto médico dice que la música es tan salutífera para el cuerpo, que ha triunfado mil veces de la gota, la jaqueca, la epilepsia, la peste, las convulsiones, la fiebre nerviosa, el tifus y hasta del idiotismo ó la tontería.

Yo no lo he visto, pero lo deseo creer.

¿Y qué podré decir de la música con relación al espíritu? Que si no ha ganado muchas almas para el cielo, sólo ha perdido á las que se han querido perder.

Todo el mundo sabe que Alejandro el Grande se ponía furioso cuando Timoteo tocaba la flauta *en modo frigio*, y que se calmaba al punto si la música pasaba al *modo lidio*.

Más todavía: se dice también que el *modo lidio* bastaba para asegurar *la fidelidad de la mujer cuyo marido estaba ausente*. Y pregunto yo ahora: ¿no se podría reforzar el precepto del sexto mandamiento haciendo que en los templos se tocase de cuando en cuando música *al modo lidio?*

VI.

La *arquitectura* es la verdadera gloria excepcional del arte cristiano, y al mismo tiempo lo está siendo del arte civil. Inútilmente esos tontólatras franceses, que parece que se dedican hoy á la canalización de todo lo culterano, han hecho célebre la frase de «ésto matará á aquéllo.» Precisamente *ésto*, que es el libro, gracias á las exageraciones de esos tontólatras, ha empezado desde entonces á decrecer, ahogado bajo el churriguerismo de la hiperbolización; y *aquéllo*, que es la arquitectura, se ha generalizado tanto que parece que, ofendidas todas las canteras del mundo, se han puesto en pie para regalar los tesoros de sus materiales hasta á los tenderos para que puedan hacer viviendas más suntuosas que los antiguos palacios de los reyes.

Nada hay más ideal ni más apropiado al ontologismo cristiano que esa arquitectura de las catedrales góticas con agujas que traspasan las nubes y señalan al cielo, como diciendo: «¡Allí está!»

Miguel Angel, que al llegar á viejo se hizo un gruñón, llamaba «bárbaro» al arte gótico. Y es que este genio de la escultura, de la pintura y de la arquitectura era un verdadero godo que no comprendía la filosofía del arte, que es *su aplicación á su natural objeto*. Cuando satisfecho de su Moisés, que es un hércules que da miedo, le dijo: *¡Parla!* la estatua debió romper á hablar para rogarle que le modificase aquellos cuernecitos, que sólo una enorme buena voluntad puede suponer que son rayos de luz y que le dan la apariencia de un Satanás de comedia; y que además le arreglase un poco aquellas barbas mayores que las del río Betis de Herrera. En su pintura de la creación del hombre, parece que Dios, arrepentido de su hechura, lo señala, delatándolo á la policía de sus angelitos, para que lo lleven á la cárcel. Miguel Angel fué el promovedor del renacimiento del arte arquitectónico, y por consiguiente la causa del renacimiento del arte griego en sustitución del arte cristiano.

Afortunadamente el catolicismo es una religión que, así como por su complexión universal y divina habla todos los idiomas y se aclimata en todos los países, ha concluído por adoptar todas las arquitecturas. Pero, con permiso de Miguel Angel, yo no concibo los espíritus del otro mundo vagando por las

naves de los templos greco-romanos. En mi residencia en Londres no comprendía por qué San Pablo no estaba en el Parlamento y el Parlamento en San Pablo. El Escorial,—y me fijo en este templo español por no citar á sus congéneres los extranjeros,—más que al Dios grande, debía estar dedicado al gran marido de Juno. El Escorial, comido por las sierras del Guadarrama, es, entre éstas, una colina más; y supongo que habrá sido un capricho de Felipe II, impuesto á Juan de Herrera, lo de adornar el templo exteriormente con aquellas torrecitas laterales que dicen que imitan en su conjunto el asador en que fué martirizado San Lorenzo, y que, como el utensilio está al revés, ni siquiera le ha podido inspirar al diablo el modelo para hacer unas parrillas que le sirviesen en el infierno para tostar herejes.

VII.

Prescindo de la dramática porque los grandes teatros griego, español é inglés han muerto para no volver á resucitar literariamente, ni al tercer día, ni al tercer siglo.

Hoy la poesía de Shakespeare, de Lope y Calderón admira leída, pero fastidia representada. La antigua poesía dramática, á pesar de estar representada hoy en toda su grandeza, y con mucho mejor gusto, por Tamayo y por Echegaray, se ha convertido generalmente en un arte teatral, ó llamémosle más bien en una esceno-plastia, que es un conjunto abigarrado de todas las artes, en el cual, como en una receta de botica, con ligeras variantes impuestas por la moda, de *cien* partes la componen: *una* la poesía, ó la prosa; *cuarenta y nueve* la mímica, y las *cincuenta* restantes se dividen entre el baile, la música, la indumentaria, la pintura y la arquitectura menor, ó sea la moviliaria.

VIII.

Los teístas llevan al arte la *intuición*, los naturalistas la *sensación*, y los psicólogos la *reflexión*. Los primeros viven en un *cielo*, los segundos en un *limbo*, y los terceros en un *infierno*.

Hoy no se escribe para cantar conquistas de naciones, sino para lamentar derrotas del

alma. La epopeya, que era la expresión más grandiosa del más grande sentimiento impersonal de los pueblos, es hoy menos interesante que la historia de un caballero que hace cosas propias de un bandido y que la coalición de todo un diablo con todo un doctor para perder á una niña candorosa.

Dado el supuesto de que la conciencia propia sea el principio del arte y de la ciencia, la misma razón tiene para obrar un cuerdo que un loco.

Por eso el arte subjetivo moderno, en el que abundan las situaciones artificiosas y los efectos rebuscados, es un compuesto de rasgos de locura y de audacias racionales tan extravagantes y tan hondas, que, para huir de este vértigo en que todos tenemos los nervios tirantes, es de creer que muy pronto se echarán de menos aquellas islas del mar de Grecia que huelen á treinta leguas de distancia, como la isla de Ceilán á canela, al olor enervante, pero tranquilo, de flores del monte Parnaso ya marchitas y corrompidas, volviendo á un renacimiento clásico, en cuyas historias no hay más que mentiras inocentes, y cuya literatura, comparada con la nuestra, es un paraíso de sueños sin insomnios.

IX.

Lo digo sinceramente: presiento que, á causa de nuestros dolores artísticos y nuestras desesperaciones de relumbrón, pronto las gentes sensatas volverán la cabeza hacia el Oriente, prefiriendo al mal olor del puñal ensangrentado, el tufo del lodo removido de los prados que pisaron los Teócritos, los Tibulos, los Virgilios y los Garcilasos.

Y confieso que sentiría mucho ser testigo de esa reacción clásica que preveo, porque el remolino de las ideas panteístas, impregnadas del polvo de la tierra, me hace cerrar los ojos, y además me narcotizan las confecciones artísticas del elemento cósmico que trascienden á moho, y que por más que quieren idealizarse jamás logran emanciparse de su inseparable compañera la materia bruta.

¿Y cómo no ha de hacer dormir un arte en el cual el efecto de la primera de las pasiones se reduce á la transformación en animal de algún diosecillo que por entre las ramas de un árbol se atreve á contemplar en paños menores á la salida del baño á alguna castísima Diana?

¿Qué interés pueden inspirar unos héroes arrastrados por esa *fatalidad* que Lucrecio llama la *fuerza de las cosas*, si la suerte de lo que carece de libre albedrío produce la misma indiferencia que la piedra que al caer se hace pedazos?

¡No quiera el cielo, no, que vuelvan á renacer en los días que me puedan quedar de vida los pastorcitos del caramillo, que, gozando de una salud de hierro, jamás se sentían impedidos por un ataque de reuma, por más que siempre se estaban revolcando á pares sobre la húmeda hierba; que vivían vejetando en lo que se entiende por *divina pereza*; que sólo sabían comer migas, amar en falso y dormir á pierna suelta, acostándose después para siempre en el seno de su madre la naturaleza, gozando antes de la muerte, en la muerte y después de la muerte, del perpetuo sueño de Brahama!

X.

No creo que el arte contemporáneo tenga toda la rectitud de miras que debiera; pero en medio de sus tormentas, más ó menos artificiales y sistemáticas, tiene delicadeza hasta en la exageración de sus vicios.

La prueba más grande de la falta de todo sentido moral de los pueblos politeístas es su primero y más glorioso monumento literario. La base de la *Ilíada* es la venganza tomada por una confederación de pueblos, á consecuencia del rapto de una mujer andariega. Si hoy se dejase robar una princesa, aunque fuese más hermosa que Venus, por un amante, aunque fuese más ilustre que Paris, ¿qué sucedería? Que el asco y el desprecio públicos, en vez de apelar á la venganza, como hicieron los griegos, repetirían la escena de aquel inglés casado que escribiéndole un hermano suyo: «Tu primo se ha llevado á tu mujer», le contestó el marido: «Pues buena plepa se lleva.»

XI.

Todos los antiguos poetas clásicos, sin excluir á Horacio y á Virgilio, han escrito bajo la instintiva creencia de que la materia es eterna, que todas las ideas son corporales, y que el pensamiento no es más que un movimiento particular del cerebro.

En estas estatuas formadas de arcilla viva, todo lo que sucede debe suceder, y limitando sus afectos á los hijos del campo, que son los que por oficio están más en contacto con la naturaleza, presentan en sus poemas pastoras resignadas y pastores consentidos á quienes jamás se les ocurre la idea de echar á sus rivales de cabeza al río.

Los griegos, los romanos, y sus fríos imitadores los clásicos modernos, no pudiendo tener ideas ontológicas que no conocían, ni pensamientos psicológicos que no habían aparecido en el mundo todavía, para convertir sus nociones cosmológico-panteístas en imágenes artísticas han hecho una mezcolanza zoológica de las ideas religiosas y de las pasiones humanas tan inverosímil y tan irracional que en ella los animales piensan como las personas y las personas obran como los animales.

Las pasiones de los mismos dioses del paganismo se reducen á cuadros naturalistas de bomberos y de mujeres perdidas.

Esta poesía campestre tan monótona, tan repetida y tan insustancial, da cierta apariencia de verdad á la frase de Lucrecio, «de que ya la tierra, como vieja, ha dejado de parir.»

CAPÍTULO VII.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LA HISTORIA.

I.

Así como la música la componen los ruidos y los silencios, la historia la constituyen la presencia y la ausencia de las ideas. Estas, como algunos fermentos, obran no sólo por *contacto* y por *presencia*, sino también por *ausencia*. Influyen por contacto y por presencia cuando, acumulada la electricidad en la región del rayo de las ideas, esos buzos inversos, que, en vez de buscar las perlas en el fondo de los mares, las buscan en el abismo de los cielos, hacen que se compenetre el mundo

ideal en el mundo real, tomando carne lo impersonal en el cerebro y en el corazón de las grandes personalidades. Y las ideas obran por ausencia en esas épocas en que parece que pasan por mas allá de las nubes, y los hechos entonces, sin el hada que los electrice, sin la vida del pensamiento, caen sin nombre y sin objeto con más pesadez y más inmovilidad que el plomo.

II.

No hay, ni puede haber, más ley histórica que la *presencia* ó la *ausencia* de las ideas.

Con acontecimientos particulares no es posible hacer una ley universal.

Lo que no gobiernan lógicamente las ideas, lo gobiernan sin lógica los intereses.

Dar unidad á la historia, enlazando los hechos con hilos de oro, es rejuvenecer la boca de una vieja poniéndola dientes postizos.

La historia es como la fe de erratas de los descuidos que se cometieron al imprimir el libro del pasado.

Vico reduce la vida de los pueblos á tres edades, de crecimiento, virilidad y decrepitud, haciéndoles girar dentro de ellas perpetua y fatalmente.

En Bossuet preside Dios á todos los actos humanos, concretando su sistema en la fórmula de—«el hombre se mueve y Dios le guía.»—Nuevo fatalismo, no menos ineludible que el destino pagano, ni menos inquebrantable que el círculo de hierro de Vico.

Montesquieu busca la razón de los hechos históricos en la influencia del clima. Otra tiranía fisiológica.

Para Hegel, que copia á Platón, la razón es la que rige los destinos humanos. Pero su fórmula de que «todo lo racional es real,» en él es una expresión sin sentido, porque en el eterno *llegar á ser* de su idea *cósmica* no hay ninguna diferencia entre lo real y lo racional: son una cosa misma, en diferentes tiempos. Otro fatalismo mayor que los anteriores.

Con respecto á teorías históricas, recientemente ha ocurrido una grande novedad con motivo de la recepción en la Academia de la Historia de mi sabio compañero el Sr. don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien ha sostenido, ante un concurso de glosadores empedernidos de los hechos, «que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia, porque los dos son *lo mismo*;» «que la historia es grande, bella é

interesante, no porque el historiador sea *imparcial*, sino al revés, por su *parcialidad* manifiesta... no porque sea la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un *puñal* y una *tea* vengadora;» «que Tácito es el más grande de los artífices *creadores* de hombres, después de Shakespeare;» lo cual no recomienda mucho la veracidad de los Tácitos. En resumen, que para el señor Menéndez Pelayo los elementos esenciales de la historia son la *parcialidad*, ó sea el espíritu de *facción*, y la *poesía*, es decir, la *ficción*.

¡Quién había de pensar que la Musa de la Historia es más subjetiva, más voluntariosa y más embaucadora que la de la poesía lírica! El Sr. Menéndez Pelayo, que ya no sólo es un *heterodoxo*, sino un *heresiarca* de la verdad, pues destierra de la Historia la *moralidad de la referencia*, ha entrado en la Academia poniendo á sus compañeros de patitas en la calle. ¿Es posible que haya académicos que quieran continuar sus tareas con el criterio de un *excepticismo tan absoluto?*

Si el *espíritu de facción* y la *poesía* son el alma de la historia, ésta no se funda en la duda, sino en la negación de toda realidad. Los acontecimientos en este caso no obedecen á un orden lógico de ideas, sino á un remolino de imágenes.

Si el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, de la cual hasta los conservadores hemos salido con nuestro correspondiente rasguño, no fuera tan admirado y tan querido por mí, en cambio del cardenal que en aquel libro me hizo con un pellizco en el antebrazo, le diría ahora que, con su base histórica, la Academia se convertirá oficialmente en un taller de fabricar mentiras, y que apoyados los incrédulos en su incredulidad, le objetarán que la relación mosaica tiene el mismo valor histórico que una oda de Herrera, y el Evangelio la misma probabilidad que una bonita leyenda.

Pero ¿puede haber una ley de la historia? No. Ni la rueda de Vico, más vertiginosa que la de un molino; ni la Providencia, obrando á gusto de Bossuet en un rinconcito de la tierra; ni los canjilones de noria de la idea hegeliana, ni el gas poético con que el señor Menéndez y Pelayo infla los hechos, son sistemas ideológicos que puedan abarcar la universidad de la vida y constituir lo que se llama *ciencia*.

Además, aunque se descubriese una ley histórica que abarcase los fenómenos psíquicos, no podría ser tan universal que comprendiese á un tiempo el espíritu y el cuerpo, aquél en lucha eterna con éste, y éste sometido á todas las leyes fisiológicas y físicas que rigen los destinos de la materia.

III.

Pero se me preguntará: los acontecimientos en la vida ¿caen llovidos del cielo? No: á pesar de que los hechos no son nada, y las ideas lo son todo, la falta de ideales generales deja obrar á los sentimientos y á las ideas particulares.

En la historia no puede haber constantemente ciencia, porque los hechos se desarrollan, no sólo al poder de las ideas, sino al calor de las pasiones, de los intereses y de las leyes generales de la materia.

¿Cuántos son, pues, los factores que, además de las ideas, entran en la composición de los problemas históricos? Las *pasiones*, los *intereses*, el *malestar* y el *histerismo femenino*.

Las *pasiones*, que, cuando no obedecen á un ideal, son los pecados capitales puestos en acción y que se disfrazan con los nombres de ambición, de sacrificio por la patria y de amor á la gloria.

El *malestar*, ó la lucha por la existencia, que por regla general ha sido y es el único

móvil de las modernas teorías comunistas y de las antiguas invasiones y piraterías. Después que se han establecido los ejércitos permanentes, las invasiones en masa y por sorpresa son imposibles; y en las emigraciones actuales se ve á los herederos de los antiguos Escitas y Germanos que, en vez de asaltar la Europa con la espada de Atila ó de Alarico, la invaden con el blanco mandil de mozos de comedor, y, si no se imponen como reyes bárbaros, se hacen estimar como hombres de bien y serviciales.

Por causa de ese *malestar* inherente á nuestra naturaleza, que sacrifica el reposo á la esperanza de buscar la felicidad, la opinión pública es arrastrada invenciblemente desde el despotismo á la monarquía representativa; de ésta á una república unitaria; de la república censataria á la federación; de la federación á la anarquía; de ésta á la dictadura; para volver á comenzar por el absolutismo, y así incesantemente, hasta dar una sombra de razón á la quisicosa de la rueda de Vico, que, en momentos dados y en puntos reducidos, parece que efectivamente los acontecimientos políticos obedecen á una ley histórica fatal.

El *histerismo femenino*, exaltación nerviosa que, unida á lo fascinador del sexo, suele convertir á muchas mujeres en unas

verdaderas ninfas Egerias. Elena en Grecia; Lucrecia y Virginia en Roma; las mártires visionarias entre los primeros cristianos; la Cava en España; Juana de Arco en Francia; Madame Roland dando vida á la revolución, y la Cabarrús decapitándola, son pruebas, entre otras innumerables, de la gran influencia histórica de estas santas milagreras, locas seráficas ó dementes siniestras.

IV.

A causa de sus pasiones, ó intereses, los hombres prácticos, esa raza de tontos presuntuosos que llaman buen sentido, no á las intuiciones de la razón, sino al instinto animal, se pasan la vida admirando sus propias obras de albañilería gubernamental, y hablan con desprecio de los filósofos, sin saber que hasta sus desaciertos son ideología, es decir, una mala ideología, y que, excepto lo que depende de las ideas, todo lo demás puede depender de un aire colado.

Estos niños mimados de la fortuna, cuando no han ganado su posición en juicio público contradictorio, toman el ruido de los

contemporáneos por los ecos de la inmortalidad, ignorando que la gloria siempre es gloriosa, mientras que la fama puede ser infame.

Siempre ha habido y habrá tres clases de gobiernos: de *uno*, de *algunos* y de *muchos*, y los tres generalmente fundados sobre la *teocracia*, la *fuerza militar* ó el poder *moral* de las leyes. Estas formas exteriores, que nada influyen en lo esencial del gobierno, son las tres maneras con que los hombres de Estado, lacayos de honor de las ideas de los filósofos, sirven á sus amos, poniendo sus máximas en ejecución, por regla general bastante infelizmente.

A la mayor parte de los grandes políticos el instinto los guía y el discurso los pierde.

Napoleón, el enemigo de los ideólogos, y que, más que de gran capitán, presumía de hombre de Estado, después de todas sus ruidosas futilidades, en el descanso de Santa Elena, enfrente de la posteridad y de la nada de las grandezas humanas, todavía hablaba de sus grandes propósitos, que, después de bien examinados, resulta que no eran más que unos grandes despropósitos.

Si se pudieran saber los móviles personales y secretos á que ha obedecido la política, unas veces lógica y otras contradictoria, de los Antonio Pérez, Richelieu, Mazarino,

Pombal, etc., etc., se vería que, en vez de obedecer á ideales fijos, se han dejado arrastrar por pasioncillas miserables.

Yo no negaré que alguno de estos grandes políticos, solo con poseer el sexto sentido del oído de la opinión, han sido unas buenas amas de gobierno; pero la mayor parte han tenido unas cabezas sin lastre, que se han movido con la irregularidad de unos molinos de viento.

No quiero hacer una lista muy larga de estos políticos, por temor de que el lector, impaciente de ver la empachosa exhibición de tantos presumidos, los agarre de una oreja, y les diga: «¡Ah, vanidosos! volved, volved á la nada, de donde nunca debierais haber salido.»

V.

Al comenzar á recorrer de pasada los cuatro ó cinco períodos históricos más importantes, el griego pagano, el romano idólatra, el árabe monoteísta, el español ontólogo y el francés materialista, ruego á mis oyentes que se hagan cargo de que yo aquí no escribo la historia de los hechos, sino la *marcha de las ideas en la historia*.

VI.

El primer período de la filosofía griega fué esencialmente cosmológico. Sus escuelas no buscaban el primer principio más que en el *aire*, en el *fuego* y en el *agua*. En ellos la intuición ontológica fué nula, pues la unidad de Pitágoras no era más que una unidad estéril, y su doctrina de los números no era otra cosa más que una imagen imperfecta de las ideas que el talento exclusivamente artístico de los griegos ni entendía ni quería entender.

Si el *nosce te ipsum* de Sócrates, iniciación del antiguo antropologismo, los griegos no lo hubieran ahogado al principio en una infusión de cicuta, con más funesta previsión que la que tuvieron los católicos al fomentar el psicologismo cartesiano, tal vez hubiera acabado con la civilización helena con más prontitud y más radicalmente que los ejércitos romanos. Además, Sócrates, que se duda si sabía escribir, era más bien un carácter que una inteligencia. Y en cuanto á Platón, que ya afirmó que lo universal era

antes que lo particular, y que la idea debe preceder necesariamente al objeto en que está realizada, como el plan del artista precede á la obra de su arte, admitiendo las ideas como tipos inmutables de las cosas pasajeras, para aquel pueblo sensual, *su ideísmo filosófico* pasó por un *idealismo artístico*.

VII.

No quiero machacar el tímpano de mis oyentes haciéndoles escuchar la relación de los hechos más ó menos brutales ó gloriosos de la historia griega, porque, aunque fuesen ciertos, bajo el punto de vista de la ideología son lo mismo que si no hubieran sucedido; pues como no explican nada, á nadie pueden interesar. Los hechos que no son expresion de ideas, son para un escritor lo mismo que si no existieran. Dice no sé qué autor, que los principales motivos que promovieron las guerras entre Atenas y Esparta fueron pillajes, traiciones latrocinios y atrocidades.

Jamás estos artistas inmortales, esclavos de la sensación, se han dejado arrebatar por

una idea moral. Todas sus disensiones y batallas están motivadas por rivalidades mezquinas, parecidas á las palizas que se dan los campesinos en Asturias á los gritos de viva Pravia y muera Piloña.

Y tampoco debían ser las ideas la causa de las guerras de los griegos con los asiáticos, sino esa especie de *odio abordo* que producen las rencillas de vecindad. Unos y otros tenían las mismas ideas en filosofía; y en cuanto al fondo de las religiones era el mismo, pues si los asiáticos profesaban el panteísmo oriental—«de que Dios era todas las cosas,»—los griegos practicaban el panteísmo occidental—«de que todas las cosas son Dios.»

La gloria de estos pueblos casi nunca fué producida por estímulos intelectuales ni morales. El poema práctico de Alejandro el Grande, hombre más bien escita que heleno, realizado por él al frente de un puñado de macedonios, que eran considerados como bárbaros por los griegos, todavía no han podido explicar los somnámbulos de la historia el objeto con que se llevó á cabo. Probablemente sería igual ó parecido al que tuvo para arrasar á Tiro, donde dijo que iba á vengar agravios que los esclavos habían hecho á sus dueños más de dos siglos antes. Este glorioso matasiete ha sido después el tipo ideal

de todos los que, como César, no han tenido en sus conquistas más objeto que satisfacer su ambición, que es la vanidad de ganar una partida en una jugada de ajedrez en grande, con reyes verdaderos y peones de carne y hueso, que, en último resultado, si se rompen la cabeza, ahí están las madres de familia que los podrán reponer.

VIII.

Y ahora que he dado mi opinión sobre la Grecia pagana, paso á decir casi lo mismo de la Roma idólatra, dejando, por supuesto, en libertad á los anticuarios que, para comerciar con sus catálogos, repintan los trastos viejos que sacan del desván de la historia, que continúen refiriendo las falsas grandezas legendarias de estos dos pueblos, rogándoles que, así como yo respeto sus opiniones, me dejen á mí en paz con la mía, pues siendo yo un ignorante, se me debe perdonar que sea tan ciego que no pueda ver las cosas más que á la luz de las ideas.

XII.

A la Roma antigua se la admira, pero no se la ama. Yo ni la admiro ni la amo. El romano es el hombre del hecho. Esta fiera humana no se crió jamás con pan del alma.

En los siglos que duró el imperio romano, ¿qué influencia pudo ejercer la filosofía en su civilización? Ninguna. El eclecticismo de Cicerón, en el cual brillan algunos destellos de idealismo, no bastó para impedir que la dominación romana fuese una grandiosa barbarie. El pastucho ciceroniano, en el que ya se mezclan con el cosmologismo antiguo algunas ideas antropológicas de Sócrates y muchas de la ideología platónica, no influyó lo más mínimo para que en el derecho, en la religión, en el arte y en la política romanas se dejasen de ver relucir siempre los colmillos de la loba que crió á Rómulo.

Como la ambición siempre es el pretexto para satisfacer alguno de los siete pecados capitales, la avaricia en Roma era el pretexto de la ambición, y los hombres sólo buscaban preturas y provincias para tener el

derecho de saqueo. El Catón de virtud severa opinó, como condición republicana, que convenía no dar la libertad á Chipre para poder guardar á favor de Roma su dinero.

Tolomeo Auletes, padre de Cleopatra, bastardo de Sátiro, rey de Egipto, procurando que en la república romana le reconociesen por rey, regaló una gran suma á Julio César, que entonces era cónsul y estaba muy empeñado, y dió otra cantidad á Pompeyo para hacer pasar la decisión en el Senado. Por veintiseis millones consiguió el título de *aliado* del pueblo romano.

Y ¿cuál era este honor, que á un solo individuo le salía más caro que todos los impuestos juntos que se han establecido después sobre los títulos nobiliarios?

Pues éste era un fuero que concedían los romanos á los que lo pagaban bien, en virtud del título que habían conquistado con la espada de «protectores de los reyes.» Y con esto, y con su maldita invención de las municipalidades *libres*, *aliadas* de Roma, perpetuaron en el mundo, acaso para siempre, el desgobierno. Este sistema federal de los romanos era el modo de esclavizar con independencia.

La ausencia de toda ideología de la sociedad romana hizo que fuese su Dios el dinero,

su derecho la fuerza, su moral la dominación, su administración la rapiña, su política el gobierno de los patricios contra los plebeyos, y el fin de todo la esclavitud dentro y la sumisión fuera.

Los antiguos romanos, como los actuales ingleses, en lo exterior no tenían más religión que la que les era útil; y en lo interior no hay diferencia, ni siquiera de forma, entre los idolillos de los negros de Angola y los dioses lares de los salteadores del antiguo mundo histórico.

En cuanto á sus virtudes, ya decía un escritor que no se encontraba un romano que tuviese corazón, pues todos eran unas máquinas ingeniosas de huesos y de carne.

Para hallar un hombre de bien en la historia romana, es menester leerla entera; y el honor de Régulo y la modestia de Cincinato tendrán algo de verdad, pero no se por qué me parecen inverosímiles.

Y no es que el imperio haya relajado las costumbres de los republicanos á pesar de los espejismos pretéritos de Tácito, no. Los emperadores, sin excluir á Nerón, son caracteres más aceptables que algunos de los que pasan por los más puros republicanos. No quiero referir casos de costumbres públicas y privadas de austeros Catones y de castas matronas, porque los idiomas modernos ni

siquiera tienen palabras para pintar aquellas costumbres pútridas.

En un invierno crudo, un naturalista amigo de comparaciones podría ver que se encontraba menos ferocidad en una manada de lobeznos que la que se empleó constantemente en todos los siglos que duró la dominación romana.

Se dice que Roma, la antigua capital del mundo, encerraba en su recinto 80 estatuas de oro, ó doradas; 62 de marfil; 22 ecuestres, y 3.785 de bronce, de emperadores y de caudillos militares.

¡No puedo concebir cómo en un día de justicia no se le habrá ocurrido al mundo ahorcar en efigie, en esas estatuas mismas, á los héroes que representaban tantas glorias vandálicas!

X.

Los doscientos cincuenta años de dominación romana fueron seguidos de otros doscientos cincuenta de invasiones bárbaras; y poco después del día en que Genserico, desde las ruinas de Cartago, fué á Roma á llevar expresiones de parte de los descendientes de

Aníbal á los hijos degenerados del rencoroso Catón, en el siglo VI, según la tradición oral de los árabes, el ángel Gabriel sobre la yegua Al-borak hizo un viaje al través de los siete cielos, hasta llegar al mismo trono de Dios, en cuya derecha halló escrito: «No hay más Dios que Dios.»

Y para que se vea la fuerza de expansión de los monoteísmos, los árabes grabando este sencillo principio en su estandarte, en menos tiempo que los romanos, fundaron un imperio más grande que ellos, y después de trece siglos aun existe y existirá comodísimamente, haciendo, como los españoles, de la vida una colección de siestas; pues Mahoma, que sin duda creía que Eva es la única obra que hizo Dios con aprobación del diablo, después de convertir á las mujeres en hembras y de encerrarlas en los establos de sus harenes, echó la llave á la caja de Pandora, haciendo desaparecer la causa principal de casi todas las inquietudes de la tierra.

El islamismo halló afortunadamente límite en las montañas de Asturias, porque en el Norte no se podía implantar una religión esencialmente climatológica. ¿Cómo una inglesa, deseosa de huir de la humedad y tomando el sol con las piernas cruzadas como un sastre, podría comprender el paraíso de Mahoma, en el cual sólo se ofrece á los cre-

yentes, no bebidas alcohólicas calientes y carne de cerdo, sino *sombra de árboles y agua fresca?*

XI.

Después que la Iglesia católica con una persistencia y un conocimiento íntimo de la naturaleza del alma humana fué convirtiendo en símbolos los principales fundamentos de la ideología cristiana, los Estados europeos se fueron organizando á la sombra y bajo la protección del Papado, y hasta en los tiempos medios se organizaron unas cruzadas contra el islamismo hechas con tanto conocimiento de la táctica militar y de la geografía, que muchos de sus caudillos creían, como el gran Calderón, que Jerusalén era un puerto de mar.

XII.

Pero, andando el tiempo, como, lo mismo en religión que en filosofía, de todo sistema radical se forman sistemas laterales, izquier-

das y derechas, plantas parásitas que, con formas externas diferentes, viven de la savia del tronco principal, los reformadores empezaron á minar el poder espiritual de los Papas, apoyados por la envidia de algunos príncipes que ansiaban incautarse por completo del poder temporal y religioso.

Los cándidos de los Sansimonianos han sido muy sensatos al sostener que «gracias á Descartes todos somos protestantes en filosofía; así como gracias á Lutero todos somos filósofos en religión.»

Cuando la Reforma empezó á inaugurar esto que algunos llaman *progreso* y otros *espíritu moderno*, hasta los Papas perdieron la cabeza, al ver que Toledo se iba convirtiendo en la Roma efectiva de la cristiandad, y se aliaron con los protestantes para combatir á aquel rey á quien Santa Teresa llamaba «el santo rey D. Felipe,» á pesar de ser apellidado «el demonio del Mediodía» por los mismos que, más adelante, habían de ser conocidos entre los indios por «los demonios *rubios*.»

No hay ejemplo en la historia de una trinidad más gloriosa de reyes que aquella de Isabel la Católica, que se despojó de sus alhajas para que Colón pudiese descubrir nuevos mundos que hiciesen más numerosa la comunión de los fieles; del inmortal

Carlos V, que luchando con pueblos y con príncipes, se expuso á divorciarse de la buena fortuna, según él decía, *como mujer poco amiga de los viejos*, por defender la fe heredada de su ilustre abuela; y de Felipe II, que teniendo un entendimiento más vasto que su reino universal, á pesar de sus lógicas intolerancias, fue más ideal, y sufrió más por la señora de sus pensamientos que el más perfecto de los caballeros legendarios, batiéndose por ella por mar y por tierra, en España, en Italia, en Francia, en Inglaterra, en Africa, en América y en la Oceanía.

El imperio español, la más desinteresada, la más noble, la más grande y la más ideal de las dominaciones de la tierra, tuvo entonces héroes como Gonzálo de Córdoba, Pizarro y Cortés, y aquel Vasco Núñez de Balboa que tomó posesión del mar Pacífico metiéndose en el agua hasta la cintura con un Cristo en la mano y en la otra la espada. Ante aquellas maravillas de abnegación y de osadía, Alejandro parece un buscarruidos, César un faccioso, y Napoleón un revolucionario aprovechado.

Ved á los ingleses, con almas romanas y cuerpos de cartagineses, conquistando la India en nombre de una sociedad de comerciantes, y echando con astucia la zancadilla á todas las islas estratégicas del globo para

poder contrabandear, y notaréis la diferencia que hay entre estos valientes pagados y aquellos héroes que dejan atrás en idealismo y desinterés á todos los tipos de la andante caballería.

Felipe II tal vez hubiera conseguido sofocar en muchos puntos la reforma si, en vez de quemar, como dicen algunos, los cuerpos de los herejes en las hogueras, los señores teólogos, siempre monótonos y fanáticos, le hubieran ayudado un poco con sus escritos quemándoles al mismo tiempo la sangre por medio del ridículo.

Dicen que todo lo vence el amor. Pero el ridículo lo vence todo, el amor inclusive.

Es común entre los historiadores empíricos echar la culpa á este rey excepcional de que él fué el primer causante de la ruina del inmenso imperio español. ¡Bah! Es cierto que aquel gran político no podía tener herederos que continuasen su obra sin que la naturaleza se hubiese excedido á sí misma; pero el imperio español no podía menos de derrumbarse desde que se establecieron los ejércitos permanentes y desde que no pudimos batirnos tantos á tantos, sino que las demás naciones se hicieron superiores á nosotros por el mayor número de soldados.

En cuestiones de fuerza bruta, la fuerza bruta es lo primero.

Confieso que no me es simpático un rey que, según se dice, *jamás se ha reído;* pero creo que ha sido para él un motivo de que la historia le haya calumniado, el haber sido el representante de un catolicismo que, en aquella época, era más amigo de usar del terror que de la misericordia, haciendo de la vida humana una serie de sacrificios que sólo pueden soportar los que están formados de la madera de los mártires.

Por esta y otras muchas razones, conozco que algo habrá de justo en las implacables flagelaciones con que le castiga la historia. Pero es menester no olvidar que Felipe II representaba un gran principio moral, que era entonces la opinión del vulgo, y ya se sabe que cuando apasiona una creencia á las muchedumbres, éstas, ciegas de cólera, gritan en todas las épocas:

Si son romanos, «¡cristianos á las fieras!»

Si católicos, «¡herejes á la hoguera!»

Si protestantes, «¡teólogos á las llamas!»

Si revolucionarios, «¡nobles á la guillotina!»

XIII.

La humanidad venía encarrilada entre dos corrientes de ideas; la panteística, cuyo principio, según los indios, empezó con la naturaleza; y la teológica, que, según la tradición rabínica, tiene origen en el mismo Dios. Pero en los siglos XVI y XVII fué tomando cuerpo el Racionalismo, que fundó en el libre examen el principio y razón de todas las cosas humanas y divinas.

Hay unos reyes invisibles del pensamiento que tiranizan á los tiranos de hecho, y es inútil pretender emanciparse de la tiranía de las ideas.

Los pueblos siempre serán lo que los filósofos quieran que sean.

El Luteranismo y el Cartesianismo rompieron los antiguos moldes del pensamiento, suprimiendo las leyes que encauzaban las pasiones en el cuerpo y que reglamentaban la moral en el alma.

Hablando de la reforma religiosa, dice un escritor que no ha tenido más objeto que transformar en pretendientes de novios y de novias á los frailes y á las monjas.

Esta opinión responde sin duda á la tradición de que el Antecristo había de nacer de una monja y un fraile.

Y cuando una filosofía como la cartesiana introduce la duda, aunque no sea más que la duda metódica ó condicional, en los espíritus conturbados, ó es menester que aparezca un genio metafísico que fortifique las conciencias vacilantes, ó de lo contrario, á falta de ideas, los intereses y las pasiones lanzan al mundo por derroteros de perdición.

XIV.

El siglo XVIII no tuvo una sola hipótesis filosófica, y nada prueba tanto la influencia de la metafísica por *ausencia*, como cuando se ve caer en el mapa de la historia la gran mancha de aceite de la revolución francesa.

Todas las concupiscencias literarias de épocas anteriores y todas las incertidumbres de Descartes, han sido representadas por Voltaire, que tenía tanta gracia como poco fondo, y que era un filósofo á lo Sancho Panza lleno de picardigüelas; ayudado además por Rousseau, el más elocuente de los

escritores y el más incoherente y más ilógico de los filosofastros. Las ideas de barniz de Voltaire y las confusas teorías de Rousseau no encontraron impugnadores dignos de su chiste y su vehemencia, y en pos de estos revolucionarios en teoría, vinieron necesariamente los trastornadores prácticos.

Si alguno de esos frailes que con tanta abundancia de comidas suculentas mantenía la cristiandad, se hubiese dedicado á estudiar lo que se entiende por humanidades, y hubiera aprendido á escribir con gracia,—pues según Voltaire, que en esto era maestro consumado, «la gracia en el decir vale más que lo que se dice,»—tal vez hubiera impedido la propagación del psicologismo religioso y filosófico, probando que Voltaire no era más que un ignorante agudo, y Rousseau un filósofo sin profundidad y sin principios fijos, y que, según sus confesiones, despreciaba al hombre en general, sin duda porque empezaba á despreciarse á sí mismo en particular.

Es tan incontrastable la fuerza de las ideas, que si Chateaubriand hubiera nacido algunos años antes, y no imitase la costumbre de todos los escritores católicos, que cuando hablan de filosofía se ponen por tradición muy serios, algo tristes y casi siempre enfadados, y despojando el humorismo, de que no care-

cía, de los honores de la funebridad, tal vez hubiera evitado la revolución francesa, haciendo levantar el bloqueo que contra la ciudad de su Dios pusieron Voltaire y Rousseau principalmente, con sólo dirigir contra ellos las diatribas y los sarcasmos que desde el otro mundo lanzó contra el inofensivo Napoleón; y digo inofensivo, porque una espada, aunque sea tan larga y tan bien templada como la suya, cuando no está al servicio de una idea, siempre es un mal espadín.

XV.

Los escritores que no ven la ausencia ó la presencia de las ideas en la historia, suelen decir que no hubiera tenido principio la revolución sin la toma sainetesca de aquella prisión feudal llamada la Bastilla, la más ilustre fortaleza de la tiranía que han ocupado holgadamente ratones y cucarachas.

¡Inepcias sobre inepcias! Condensada la electricidad en las regiones donde se forjan los rayos, lo mismo que la toma de la Bastilla, hubiera bastado para iniciar el motín la indiscreción de un agente de la autoridad

que hubiese arrojado un guisante á la nariz de cualquiera Lucrecia de los mercados. La revolución no hubiera empezado si el día en que se presentó al Parlamento el hombre más bueno de Francia, después de la frase de mal gusto de Mirabeau, de que «el silencio de los pueblos es la lección de los reyes,» como contestación á esta descortesía se hubiese oído el chirrido de las espuelas de Napoleón, ó el chasquido del látigo de Luis XIV.

XVI.

Cuando se leen esas historias apologéticas de la revolución, en las cuales se considera á ciertos desalmados, ya como filósofos sentimentales, ya como santos mártires capaces de concebir y sentir idealismos nostálgicos, de seguro que habrá lectores que, como yo, sólo por no faltar á la virtud de la limpieza, no irán escupiendo en cada una de esas páginas de panzurdismo histórico.

Ante algunos tipos revolucionarios, Torquemada podría pasar, por su buena intención, como un cordero inmaculado.

Ciertos caudillos plebeyos son Nerones inversos.

Todos los revolucionarios estudian á la antigua, para poder disparatar á la moderna.

Los principios de la república romana han llenado de aire muchas cabezas. Los romanos tomaron de los griegos sus frases y dicharachos; los franceses de los romanos; y los italianos, portugueses, y españoles de ambos hemisferios, de los franceses.

Raya en lo bufo la exaltada vanidad con que estos sacamuelas con dolor hablan de su poder y de sus méritos á la admiración de la posteridad. Mirabeau, con una presunción de colegial, dice al morir á su criado: «Sostén esta cabeza que es la más fuerte de Francia.» Danton, á quien el presidente del tribunal revolucionario le preguntó su nombre, contestó: «Mi nombre lo hallarás inscrito en el panteón de la historia.» ¡Habrá fatuo! Y su fatuidad es más inconcebible todavía cuando, al ir á ser decapitado, dice al verdugo: «Enseña mi cabeza al pueblo, pues vale la pena de ello.»

No me quiero ensañar contra estas puerilidades, porque les parecen sublimes y hacen la felicidad de muchos amigos míos.

XVII.

Como la envidia de las democracias siempre tiene una ley de ostracismo para deshacerse de los hombres superiores que las humillan, la revolución francesa inventó la guillotina, que es la misma antigua ley del ostracismo, aunque terriblemente simplificada.

XVIII.

Pero ¿donde están, me preguntarán mis oyentes, los grandes principios de la gran revolución francesa?

En las cabezas de los babiecas que no saben lo que son principios.

La idea de aquella clase de libertad, ya venía proclamada por Rousseau, cuando dijo que era menester «*forzar al hombre á ser libre.*» Y la de la igualdad la definió Sant-

Just, diciendo que «*la opulencia es una infamia.*»

Entonces había una libertad negativa personal tan amplia, que se decretaba la leva en masa bajo *pena de muerte*, para que la mayoría de la nación que acababa de ser *carne de guillotina* ascendiera más adelante á ser *carne de cañón* durante el imperio.

Allí había libertad de cultos, menos para los cristianos; y las madres estaban obligadas á mandar á sus hijas á las sociedades patrióticas, sin duda para que aprendiesen el oficio de vírgenes calceteras, y oficiasen, mientras subía y bajaba la báscula de la guillotina, entonando, en vez de responsos, coros de blasfemias.

En todo el curso y en todos los órdenes de la historia de la revolución se ve á la metafísica influir por su ausencia.

En aquella época había la libertad comercial de que el Estado podía moralmente decretar la *bancarrota* y condenar á muerte al agricultor que no llevase sus productos al mercado, donde existía la *tasa*; y al comerciante que cerrase la tienda, aunque en ella se arruinase.

La libertad del arte estaba representada por el Barón de Faublas, y por la tragedia puesta en escena á lo vivo en el pescuezo del inspirado Chenier.

La religión fué abolida como una idolatría, y no se permitía más objeto de culto que el corazón de Marat metido en aguardiente.

Sería inapreciable un Tácito que nos retratase de cuerpo entero á ciertos Césares plebeyos, de esos que predicaban á la multitud que todo rey es un pillo coronado.

XIX.

Mezclando un naturalismo repugnante con un psicologismo lúgubre, se estableció como gobierno la teoría del *contrato social*, que es la anulación del individuo real, para constituir la comunidad del Estado, una especie de monstruo impersonal y fantástico que resumía el derecho de robar con el nombre de *desamortización* al clero, á la beneficencia, á los guillotinados, á los municipios, á los emigrados, á los deportados, á todo el mundo; y de matar, *por ser culpables de haber vivido*, á los príncipes, á los nobles, á los sabios y á los ricos.

En cuanto á la mayoría de las grandes reformas científicas hechas por la revolución francesa, ó son de un efectismo melodra-

mático y terrorífico, ó son tan extravagantes como la reforma del calendario, donde se llama *ventoso* y *pluvioso* á meses en que, en la mayor parte del mundo, ni hace viento ni llueve.

XX.

¡Cuántas delicias juntas!

Después de hacer del matrimonio un contrato que no obligaba á nadie, declaraban disuelta la sociedad conyugal, por voluntad de cualquiera de los cónyuges, *después de un mes*. Al fin las leyes de los moros son más restrictivas, pues el que repudia á una mujer tiene la obligación de darla media peseta y una gallina. Pero hasta en esto eran ilógicos. ¿No hubiera sido una expresión más genuina de política naturalista declarar el matrimonio disuelto después de la *primer noche* de novios? ¿Qué importaría esto, declarada ya la igualdad de los hijos legítimos y los ilegítimos, sin duda para honrar la descendencia de Teresa y de Rousseau que se casaron, en un día de buen sol, al aire libre?

Mas ¿quién busca ideas en los cerebros de

gentes que, al mismo tiempo que cerraban las escuelas donde se presumía que se podía enseñar la moral cristiana, se dignaban restaurar la existencia del Sér Supremo y la inmortalidad del alma? Y á todo esto el presumido de Robespierre tenía el valor de seguir tomando en boca la palabra *filosofía*, y en su neologismo revolucionario hablaba de humanidad al suprimir á los hombres. Pero abreviaré este resumen, porque estoy de prisa, y porque repito que, aunque estas cosas han tenido apologizadores tan entusiastas como los que nacen aficionados á ver *ahorcar*, á mí, si algunas veces me hacen reir, otras me hacen avergonzarme de ser hombre.

Por regla general, en lo que menos se ocupan los llamados tiranos es en tiranizar; y si los revolucionarios tuviesen paciencia, la fruta verde que han machacado en los árboles á fuerza de palos, la hubieran visto caer á sus pies madura.

Los pueblos progresan, no á causa de las revoluciones, sino á pesar de las revoluciones.

XXI.

Como ya he indicado, después de convertir la Francia en un aprisco de reses, y la Convención en un matadero público, se les ocurrió á aquellos pretensos sabios, dignos de ser mandados á aprender á hacer palotes á la escuela, subir á los primeros principios, en honor de los cuales habían inmolado tantas víctimas, y después de decretar la existencia de Dios, al que habían destituído por viejo chocho, mientras que la Razón cometía toda clase de irracionalidades elevaron por benemérita á la patria la categoría de ésta, declarándola Diosa y casándola por fin con el Sér Supremo.

Este acoplamiento híbrido hecho á última hora entre lo psicológico y lo ontológico, por sacerdotes completamente paganos, prueba una confusión de ideas, una ignorancia tan crasa, que lo constituye en un caso patológico digno de ser curado en un tonticomio.

XXII.

Pero ¿no ha habido en la revolución francesa, se me dirá, ni un solo rasgo de idealismo trascendente que purificase esa atmósfera en la cual no se respiraban más que átomos de cólera, de odio, de envidia, de desprecio y de venganza? Sí, los hubo, pero sólo entre las víctimas.

Cuando llevaban á María Antonieta al cadalso rodeada de ese coro de gente ordinaria cuya arma ofensiva siempre es un vómito de injurias, dice Lamartine:—«Sus ojos buscaban entre estos signos de su caída otro signo de salvación. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debía descender la absolución del sacerdote disfrazado. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecía: impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola, y respetaron su arrobamiento. Desde este instante brillaron en su rostro una alegría *interior* y un consuelo *secreto*.»

No hay nada comparable en los actos de la revolución á este rasgo de fe y de esperanza, cuya delicadeza moral es de una grandeza y de un alcance infinitos.

Compárese esa alegría interior y ese *consuelo secreto* con la *alegría exterior* que manifestaban la víspera de su muerte, en una saturnal pagana, aquellos girondinos, ó ateos, ó deístas, que el que más creía en un Dios ocioso, parecido á los reyes holgazanes, y se verá que estos revolucionarios, sin principios metafísicos seguros, con sus sentimientos generosos y sus ideas informes y crepusculares, son menos respetables que la última de nuestras lavanderas, que, al mismo tiempo que cae en la tumba, abrumada por el dolor y la miseria, siente la dicha de creer que su alma se va incorporando en el cielo.

Siempre creeré que es más digno de nuestra naturaleza moral que al morir un rey se le diga: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» que no que se les pueda decir á los verdugos de este rey: «He aquí en lo que han concluído todos vuestros ideales, en que vais á servir de abono para estercolar algún bancal de patatas.»

XXIII.

Pero salgamos pronto á respirar el aire libre, corriendo hacia los campos en donde Napoleón ganó alguna de sus primeras batallas, dejando este muladar de hediondeces morales, en el cual después de vivir los hombres como lobos, uno á uno, y muchas veces en masa, fueron todos muriendo como perros.

XXIV.

El gran imperio no fué más lógico que la revolución, y Napoleón, á quien se le llamó con justicia «Un Robespierre á caballo,» sansculoteando al mundo para que los pueblos no consintiesen más reyes que él, era tan revolucionario fuera como tiránico en lo interior. Tomando de los jacobinos el centralismo desenfrenado de la Convención, constituyó un imperio á la manera de Luis XIV y de Carlomagno con su fausto y su nobleza feudal y

aristocrática, haciéndose después pintar con corona de laurel y manto real de comediante, como si fuese un rey de salvajes. Pero este fundador de una dinastía, que se lamentaba de no ser nieto de sí mismo, se empeñó en ser un mal ideólogo, y lo consiguió. Por confusión de ideas, mientras aspiraba á formar de su gloria una especie de derecho divino, no pudo ocultar su origen de advenedizo, haciendo prevalecer en sus códigos y en la fundación de su imperio los principales errores de la revolución, como son el criterio del número, que es la soberanía de la ignorancia, y la igualdad, ó sea la nivelación social, dos puertas abiertas al campo de la futura barbarie.

La libertad iguala en el cielo, pero la igualdad nivela en el cieno.

El despotismo militar fué un respiro que tuvo la Francia después de la degradante opresión con que la devastó la Comisión de salud pública.

Suelen brotar más chispas de ideas de los cascos de los caballos de algunos Atilas, que de los cerebros enfermizos de muchos tribunos. En la cuadra de un cuartel, en algunas ocasiones palpitan más sentimientos de honor, de valor y de virtud, que en muchas aulas de filosofía moral. La revolución francesa, con pretexto de establecer la libertad

en aquel país, ha traído un régimen civil, en el cual los ciudadanos viven en la opresión de una red de perfidias tejida por curiales incrédulos y codiciosos, y en la cual casi se echa de menos aquella libertad que daba el antiguo poder militar absoluto, que sólo se ocupaba en restablecer el orden á palos, pero sin exigir derechos.

XXV.

Si no se efectúa pronto una restauración teológica, ¿cual será el porvenir de la simpática Francia, de esa Friné de los pueblos, á la cual se absuelve de todo por su gracia y su hermosura? Sucederá que la malaria demagógica europea continuará removiendo por defunción las capas sociales, y así como después del tercer estado ha surgido el cuarto y ya nos amenaza el quinto, bajando en la escala zoológica, desde los hervíboros burgueses hasta los dañinos nihilistas, el mundo verá suceder, de erupción en erupción, al 93 de los industriales el 93 de los operarios; después vendrá el 93 de los mendigos; luego el 93 de los presidiarios, y por último acabará por llegar el 93 de las culebras de cascabel.

CAPÍTULO VIII.

DEL FIN DE LAS IDEAS.

I.

El mundo ideal es la atmósfera de luz del mundo real. La sabiduría y el ingenio son las cumbres que están alumbradas con más vivo resplandor, y la tontería y la ignorancia representan las faldas de los montes y los valles, que son menos resplandecientes cuanto se hallan más bajos.

Miremos á esa luz, y á una mirada de orientación veremos que en la actualidad el mundo real lleva, como ya hemos dicho, un derrotero de perdición. ¿Por qué? Porque la parte más movible y más movida, y, digá-

moslo con franqueza, porque la parte más inteligente de los hombres de acción han planteado mal el problema filosófico.

Estas tres preguntas que, aunque formuladas modernamente, se vienen haciendo desde el principio del mundo con vaguedad, y de una manera tenaz y concreta desde la aparición de Descartes, resumen todos los extremos del problema metafísico:

1.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en mí* las cosas?

2.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en sí?*

3.° ¿Son y se aparecen *en mí* las *cosas* como son y se manifiestan *en sí?*

A ninguna de estas preguntas se puede contestar de una manera positiva y clara, porque las *cosas* de que se compone el mundo son amasijos de lodo y sombra, que cuanto más se estudian, más ceguera producen en el entendimiento y más repugnancia en el corazón. Pongamos en lugar de *cosas* la palabra *ideas*; traslademos la escena del tenebroso problema del mundo real al mundo ideal, é instantáneamente lo negro se aclarará y lo horrible se transfigurará.

1.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en mí* las ideas?

2.° ¿Qué son y cómo se aparecen *en sí?*

3. ¿Son y se aparecen *en mí* las *ideas* como son y se manifiestan *en sí?*

Las ideas, hijas del cielo y faros de la tierra, son y se aparecen *en mí* como son y se aparecen *en sí*.

Pero ¿y las cosas? ¿son y se aparecen *en mí* como son y se manifiestan *en sí?* De ningún modo: las cosas sólo son cognoscibles, sólo son objeto de ciencia, cuando en ellas se hacen carne las ideas. Lo científico, lo universal, lo infinito, no se traslucen jamás en las cosas; sólo aparecen con completa claridad en la naturaleza de las ideas. Los seres espirituales son el *diseño* de la forma de los seres reales, el *modelo* de su virtud, el *ejemplar* de sus acciones, el *tipo* de su belleza.

La verdad es la conformidad de la idea con su objeto, y los seres ideales, sirviendo de ejemplares á las cosas, hacen que los entes reales reciban su verdad de la conformidad que existe entre las cosas y las ideas.

Es forzoso que no nos cansemos de repetirlo: la metafísica es la cantera de donde se sacan todas las ideas, sentimientos y principios generales: dadme una idea filosófica, y yo os diré la religión, la ciencia, el arte, la historia, la política y hasta el modo de ser del que la profesa. En la cadena de las ideas no hay eslabones rotos. Sólo cuando se sigue fielmente el curso de esta cadena, es cuando se discurre con lógica y se halla la verdad

pura, que es la moralidad del evangelio del ideísmo.

Todo conocimiento es ultrafísico, y, como se dice vulgarmente, la experiencia no ve más allá de sus narices.

La razón lo ve todo de una vez. La experiencia todo lo ve tarde, mal y nunca.

En ideología, ó se sabe todo ó no se sabe nada. Lo que no es dogmatizar es tartamudear.

Cuando se escribe filosofía hay que ser sistemático, y dentro de un sistema se puede errar, pero no dudar.

II.

Ya que hemos examinado el principio y la marcha de las ideas, concluyamos pronosticando su fin.

En cierto modo se efectúa en la historia de la humanidad un fenómeno que en física se llama *Endosmosis*, y que consiste en la doble corriente que se establece entre dos líquidos de diferente densidad, separados por un tabique membranoso.

Así, por efecto de las emigraciones y de

las conquistas, se compenetran las savias y las ideas de diferentes densidades, y como en el orden físico la sangre se transfusiona entre nación y nación, en el orden moral los teísmos se espesan al contacto de la realidad, y los politeísmos y las filosofías positivas se purifican con la influencia de los soplos divinos que bajan de lo alto.

III.

En el orden físico ¿quién duda que el perspicaz Montesquieu tiene razón en todo lo que se refiere á la parte material de nuestra naturaleza, asegurando que el clima influye en la savia cósmica de minerales, plantas y animales? ¿Qué será de la expresión de Shakespeare, que llamaba á Inglaterra la *isla de los cisnes*, cuando el Oriente empiece á carbonizar la piel de los ingleses, y tueste la carne fría y blanca de langosta de las inglesas, derramando el sol oftalmías sobre los ojos azules de ellos y ellas, con el objeto de oscurecerlos para que no se atrevan á mirarle cara á cara, sino detrás de un velo negro? Entonces desaparecerá poco á poco en los pueblos orienta-

les esa preciosa casta de rubias, pues aquella atmósfera, convirtiendo en cobrizas sus mejillas de blanca porcelana fina, hará que las inglesas se vuelvan chatas y bronceadas como sin duda alguna lo habrá sido Cleopatra.

IV.

Siguiendo la metáfora de la *endosmosis*, añadiré que así como en filosofía no hay sistema que no esté cruzado por las ideas de otros sistemas, no hay religión que, al menos en la forma, no se vaya haciendo un poco ecléctica. Los libre pensadores en Europa han concluído por hacer aceptar á los ontólogos más empedernidos grandes tolerancias en las realidades de la vida. La Iglesia no vaciló un momento en perder la obediencia de millones de fieles por defender los *derechos* de una esposa legítima, y, más adelante, queriendo algunos que se excomulgase á Juan V de Portugal, por su afición particular á ver las caras que ocultaban los velos de las monjas, un papa contestó: «¿Expondré yo á todo un reino á caer en un cisma por causa de unas... (aquí una palabra gráfica). No por

cierto. Él se cansará.» ¡Qué fisiólogo tan profundo! ¡El se cansará!

En el Oriente el teísmo mahometano se está desidealizando al contacto del brahamanismo y de los salvajes idólatras que condenan á los octogenarios á retirarse á los bosques para que hagan vida de ascetas, y donde los hijos se comen á sus padres ancianos aderezándoles con sal y vinagre, sin duda para que estén más sabrosos.

V.

Y subiendo á las excelsas cumbres donde sólo se vive respirando ideas, para seguir augurando su fin próximo, remoto ó imperecedero, diré que en religión lo que hay de eterno son las ideas. Los símbolos que las representan pueden ser tan variables como la sensibilidad que las exterioriza.

Hay tantas religiones como sistemas filosóficos.

La ideología cristiana con su Sér Supremo adornado de atributos infinitos y perfectos, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos según la perfección con que hayan imitado

en su labor terrena la pauta inmortal de las cualidades divinas, pueden creerlo toda clase de incrédulos, es una concepción que será perdurable por todos los siglos de los siglos.

En vano los ortodoxos con su celo indiscreto convertirán lo esencial en litúrgico, y los heterodoxos, protestando contra la autoridad, pretenderán hacer secundario lo principal. ¡Inútil empeño! Aunque unos y otros consigan adaptar en parte al medio ambiente en que vivan los símbolos que representen las bases de esta concepción suprema, la ideología cristiana vivirá mientras exista el mundo, y después que éste perezca, traspasará las fronteras de los mundos venideros.

VI.

Pero, como además de las razas superiores la tierra alimentará siempre mortales de sangre empobrecida, la ideología panteísta de que todo emana de *una sustancia única*, perpetuará en el mundo también la idolatría con sus formas infinitas y sus infinitos nombres de *mitología*, *gentilismo*, *naturalismo*, *fetiquismo*, etc., etc.

Es indudable que mientras haya perezosos, cretinos é ignorantes, y no se reformen las condiciones enervantes y palúdicas de este globo terráqueo, siempre será la aserción de un imbécil aquella sibilítica palabra que dicen que, no sé quién, oía en la antigüedad: «¡El dios Pan ha muerto!»

VII.

Pasando desde el Panteísmo, que da más hastío que terror, al Psicologismo, que produce más espanto que tedio, ya hemos dicho que éste ha dado fin en el *uno-todo*, ese gran animal sin conciencia, que marcha ciegamente á su absoluta extinción, y en cuya filosofía, si el sér humano no se sustrae, como debe, por medio del suicidio, á la tiranía de lo *inconsciente*, la mujer se puede entregar al amor de sus pasiones, y el hombre á todas las voluptuosidades de los sentidos.

El Psicologismo, acabando en el Egoteísmo, ha concluído por establecer la religión que santifica el orgullo humano. Los ególatras, eternos rebeldes de toda autoridad, inclusa la inevitable autoridad de las

ideas, que no se imponen por ninguna convención humana, sino por obligación divina, por necesidad absoluta, seguirán viviendo en sí y para sí, con esa independencia que da en religión el ateísmo, en ética el placer, en política la anarquía y en arte la extravagancia; y mientras no abjuren de sus errores, vivirán oyendo aquella frase cáustica que ha inventado el infierno para perder la almas, y que, durante todo el curso de la vida, la suele estar escuchando hasta la misma ambición honrada: «¡Seréis como dioses!»

VIII.

¿Y los Teísmos? Los Teísmos no morirán jamás.

La intuición ontológica es, además de una idea, un sentimiento esencial en nuestros corazones.

Yo ví una vez á una madre que castigaba á un hijo suyo porque, según me dijo, «siempre estaba *sacando ideas* de su cabeza.» El niño se conoce que era un mal filósofo precoz, que embrollando, como Kant, lo ontológico con lo psicológico, quería hacer concordar

los hechos reales con las ideas que él se *sacaba de su cabeza*, y, confundiendo los términos del problema, de sus ontologías psicologizadas no le resultaban más que diabluras.

La inocentada de querer juzgar con criterios experimentales las cuestiones de fe, las creencias, es decir, las ideas imantadas de sentimiento, me recuerda también el candor de otro niño á quien en el acto en que un sacerdote levantaba el cáliz, le dijo su madre:—«Arrodíllate, que alzan á Dios.»—El niño se arrodilló, miró al altar y replicó: —«Mamá, no es Dios, es una copa.»—La ingenuidad de estos hombrecitos pequeños sólo es comparable con la ignorancia de algunos niños grandes.

Algo de esto les pasa á los impugnadores de toda revelación. Pretenden un imposible, y es que se les explique psicológicamente principios de un orden puramente teológico, y confundiendo ideas que tienen orígenes diferentes, se hacen incrédulos por ignorancia, y, como el niño de la anécdota, y como Kant, al llevar sus ideas á la realidad, sólo cometen verdaderos estropicios.

¿Qué les importará á ciertos marmotas que los milagros sean más ó menos subjetivos, y las revelaciones más ó menos científicas, si el dios ontológico, aunque no fuese de ori-

gen divino, sería siempre cierto por *intuición* humana?

Con la *razón*, órgano de las intuiciones, se explican las observaciones de los *sentidos* y las apreciaciones de la *conciencia*. Pero lo *visto* y lo *pensado* no pueden explicar nunca lo *presentido*, porque lo finito no alcanza á abarcar lo infinito, ni lo relativo lo absoluto.

La *razón* es el continente de la ciencia divina; la *sensación* la de las ciencias terrenas, y la *conciencia* la de la ciencia humana.

Hay una ciencia universal innata, que es la *intuición;* la *inspección* de los sentidos y la *introspección* de la conciencia sólo dan conocimientos más ó menos particulares.

Con la intuición de la idea de cantidad, aplicada á las ideas de tiempo, espacio y movimiento, se construyen las ciencias matemáticas, que pesan, miden y cuentan con verdad relativa todos los fenómenos experimentales. Pero con la verdad relativa de los fenómenos experimentales no se pueden explicar las verdades universales de las matemáticas.

Los analíticos se empeñan en confundir las verdades de primera, segunda y tercera mano, explicando lo inductivo por lo deductivo, y éste por lo deducido.

¿Ignoran que cada una de las ideas tiene su esfera propia, y que la intuición de los

juicios *universales* es diferente de la sensación que elabora los principios *particulares*, y el sentido íntimo que forma las verdades *generales?*

«Ya sabemos que para observar bien—dicen Kant y Claudio Bernard—son indispensables las *categorías*, es necesaria la *razón*.» Pues si todo esto es cierto, y si lo físico sólo se puede explicar por lo intelectual, y no lo intelectual por lo físico, ¿por qué pretenden que las Iglesias les den las pruebas *materiales* del origen de sus Dioses, ellos que no pueden saber si el hombre es descendiente del mono, por más que estudian esta cuestión con una actividad propia del orgullo de unos macacos del Brasil?

IX.

Y á propósito de macacos: los desertores del orden moral, con sus sueños de ideologías negativas, construyen unos sistemas infranaturalistas tan hipotéticos y tan extravagantes sobre lo infinito pequeño, que podrían dar envidia, por sus ergotismos y sus

perspicacias subterráneas, á los escolásticos de lo infinitamente grande.

Dice Oscard Schmidt: «La teoría de la *descendencia* es el único recurso reservado al hombre á quien no satisface la creencia en *milagros* ni la hipótesis de la *revelación*.»

¡La creencia en *milagros!*

¿Y qué fantasmagoría más *milagrosa* puede haber que la de animalizar los átomos de Leucipo y las mónadas de Leibnitz, impregnándolas de un hedor á amoniaco insoportable, y que con los nombres de *célula*, *protoplasma*, *cristalización orgánica*, *monera primordial*, masas todas más ó menos albuminosas, sirven de punto de partida para la formación de todas las especies, lo mismo en el reino vegetal que en el animal?

¡La hipótesis de la *revelación!*

¿Y qué mayoral de casa de remonta habrá revelado á Darwin la ley de la *selección*, y á sus discípulos ultrarradicales Häckel y Buchner el desarrollo de la teoría de la *evolución*, en la cual nunca la hibridación esteriliza las razas para que no pueda haber solución de continuidad en el entronque genealógico del *mono sabio* humano con la ilustre familia del mono *ignorante* animal?

A este descubrimiento llaman Häckel y sus cofrades el período de *alta cultura intelectual*.

¡Qué vergüenza! Y en nombre de estos principios hipotéticos de una metafísica bestial inversa, ¿se habla contra los *milagros*, la *revelación*, las creencias religiosas y morales de la humanidad, la libertad del hombre, la personalidad divina, la vida futura y la inmortalidad del alma?

Esto ya no es querer elevarnos á la seriedad del mono atropoide, sino rebajarnos, á pesar de su cola, hasta á la ridiculez del imperceptible mico *tití*.

X.

Además de repugnar todo lo suprasensible de los teísmos, los dengosos racionalistas y los francos materialistas renegados de su propia casta, claman contra los símbolos de todas las Iglesias, como una idolatría indigna, cuando ellos mismos, haciendo que lo físico represente lo moral, cometen una metonimia diaria, regalando, como Robespierre, á las personas de su particular predilección algún ramito de flores.

Es inútil que pretendamos separar del todo de los troncos ideales de los sistemas

trascendentales esa planta parásita que unos llaman *alegorías*, otros *representaciones*, varios *aprensiones*, muchos *supersticiones*, y todos *idolatrías*.

Entre los teístas esparcidos por el mundo, hay 400 millones de católicos, protestantes y judíos, y 180 millones de mahometanos.

De los panteístas, á los 740 millones de budhistas y brahamanistas hay que añadir 116 millones que se llaman infieles porque son idólatras.

Pero esta lepra de la idolatría es el mal que padecen especialmente los panteístas y psicólogos. Si le preguntaseis á un brahama que por qué, dirigiendo su mirada al Mediodía en honor de los difuntos, repite los asperges sobre tres pasteles de arroz, de azafrán y de manteca clarificada, ofreciéndoselos solemnemente á *aquel que existe por sí mismo*, sin perjuicio de comérselos él después con mucho gusto suyo en compañía de sus parientes, os respondería, como buen panteísta, que los ídolos y símbolos no son más que manifestaciones del *Dios único*.

La idolatría es la poesía práctica de los pueblos. Las ideas, confusas para los hombres rudos, las realizan éstos con completa claridad convirtiéndolas en imágenes.

¡Representaciones, aprensiones, idolatrías, supersticiones! La debilidad común que en-

cierran en su fondo estas cuatro palabras, son el efecto de una triste idiosincrasia de nuestra flaca naturaleza, y hasta el católico Dante, al dirigirse á Dios, se equivoca, y transformando á nuestro Señor en Júpiter, dice:

«¡O sommo Giove, che fosti crocifisso per noi!» ¡Oh gran Júpiter, que fuiste crucificado por nosotros!

Por más que pese á esas creencias sublimes y delicadas que forman el orgullo y la admiración de la inteligencia humana, el cerebro del hombre siempre tendrá algún lóbulo pagano.

Se ama á Dios, pero se cree más cerca de nosotros á los dioses.

Mis amigos los señores Pidal, Castelar y Sánchez Moguel conocen á una labradora muy devota de la Virgen del Pilar, que un día, delante de alguno de ellos, me sostenía que *el sol es la cara de Dios*. Perdonemos á la gentil aldeana tan poética ficción, porque en último resultado, ¿quién no es un poquito idólatra?

Y, despues de bien pensado, un *saltatumbas* católico, un *derviche* musulmán, un *fakir* de la india, un arreglador de *gris-gris* negros de Africa, un *cuáquero-temblador* de la América, me parecen menos repugnantes que la idolatría egoteísta de un racionalista

que cree que su opinión es la razón de las cosas y su exigua personalidad el centro del universo.

¡La idolatría de los símbolos! No hay ateo que, de vuelta de sus excursiones materialistas no sienta correr por sus venas el frío del remordimiento al oir la campana de su aldea.

El matutero que ofrece una misa para que le salga bien un contrabando, no es más despreciable que Alejandro y César con sus pueriles supersticiones.

El ilustre demócrata D. Nicolás María Rivero, presidente de un Congreso español, no consintió que la Constitución de 1869 se firmase por los diputados, no recuerdo si en un *martes* ó en un *viernes*.

A algunos de los racionalistas que llaman á estas aprensiones resabios de *superstición*, los he visto resistirse á hacer el número *trece* en muchos convites, y alejarse pálidos de los festines cuando algún comensal inquieto había cometido la torpeza de volcar un *salero*.

Para Melancton, el más honrado de los primeros reformadores, el nacimiento de un becerro con dos cabezas fué un pronóstico infalible de la ruina de Roma y del triunfo de la reforma.

Yo mismo, que paso por despreocupado, no daría por nada del mundo un objeto que cierta persona, en tiempo del cólera, me

mandó, después de hacerlo tocar en el cuerpo auténtico de un San Roque, que, si no me es infiel la memoria, tiene un perro que parece un gato. No diré que creo, pero quiero creer que el objeto ha sido para mí un preservativo eficaz, y siempre que lo veo se despiertan en mí tan tiernas idolatrías, que vuelvo mi corazón hacia el pasado con los ojos arrasados en lágrimas.

Carlos V, supersticioso ó crédulo, que es lo mismo, tenía, entre sus muchos talismanes, piedras engarzadas en oro para contener la sangre; dos brazaletes y dos sortijas para evitar las hemorroides; una piedra azul para preservarse de la gota; nueve sortijas de Inglaterra para evitar los calambres: y este imperial supersticioso tenía al mismo tiempo tan gran idea del Dios grande, que un día en que, expuesto á morir de hambre en una playa africana por no poder reembarcarse, se paseaba entre varios caballeros españoles, dirigía estas palabras religiosas al Todopoderoso, dueño de los elementos que dispersaban sus cuatrocientas naves: «*¡Fiat voluntas tua!* ¡Hágase tu voluntad!»

XI.

Hay muy buenos católicos que prefieren el templo á la doctrina, y más que del templo se enamoran de los trastos que lo llenan.

Pero todo esto ¿qué importa?

La iglesia podrá modificar en parte sus símbolos y sus liturgias, pero siempre salvará la esencia del cristianismo proclamando eternamente el Dios personal y la inmortalidad del alma.

Nunca he podido contener una risa de desprecio al leer el error de aquel escritor que asegura que «el catolicismo es un lobo viejo que no muerde, porque ya no puede.» Este viejo, á quien yo quiero y admiro tanto porque me dice hoy las mismas cosas que me decía mi abuela, será eterno.

Así como se ha dicho que el Brahamanismo no habla más que el sanskrito, el Budhismo el chino, el Mahometismo el árabe, el Luteranismo el alemán, el Anglicanismo el inglés y cada idólatra su jerga particular, el Catolicismo es la religión universal que habla todos los idiomas y que en todos predica el monoteísmo y la redención por un mediador; y después de hacer hermanas la inocencia y el arrepentimiento, la Iglesia, en vez de ser menos fuerte, hecha ya impalpable por la pérdida de su poder temporal, será completamente invencible, y podrá repetir á sus apóstoles las palabras que el gran San Ignacio les dijo al morir á sus discípulos.» ¡Os lego el mundo!»

XII.

Resumen de este resumen:

No hay más fuentes de ideas que la noción de *ser*, partiendo de *Dios*, de la *Naturaleza* ó del *hombre*. Estas tres notas intelectuales son la gamma del pensamiento humano, las ideas universales que abarcan lo pasado, lo presente y lo futuro. El hombre, obrando fuera de los límites generales de estas tres corrientes de ideas, es un loco que hay que atar porque apedrea.

Nosotros, fieles á nuestro sistema, hemos seguido en este resumen por el camino de la historia del mundo el curso de estos tres ríos que fecundan las inteligencias de los hombres superiores.

En todos los países, en ciertos períodos de su historia, hay sequía de ideas, como hay en sus campos esterilidad por falta de lluvias. Pero que no haya consternaciones ni desalientos, ó por las anemias nacionales más ó menos continuas, ó por los extravíos momentáneos de la razón. Fijemos bien las ideas, y haciendo buena metafísica, á la larga el mundo marchará por la buena senda.

Repito que, tarde ó temprano, los pueblos siempre serán lo que los filósofos quieran que sean.

Y en conclusión: después de hacer derivar la idea de *ser* de *Dios*, de la *Naturaleza* ó del *hombre*, á la manera de Sócrates que decía que la verdad es como un hilo que saliendo por un extremo de las tinieblas, vuelve á perderse en ellas el otro extremo, dejemos nosotros los tres cabos de ideas de la noción de ser colgados de lo infinito.

Estas tres fajas de luz siempre serán las vía-lácteas que rodearán los cielos de todos los universos y de todas las creaciones imaginables. Esta matemática de las ideas es la única ciencia con que Dios pesa, cuenta y mide la moral y la física de todos los seres posibles.

Dios seguirá creando, pero, aunque ignoremos el cuándo y el porqué, con la posesión

de la ideología de Cristo, siempre se sabrá el cómo y el para qué.

Armados con la espada de luz del *ideísmo*, continuaremos esa lucha eterna con la naturaleza externa y el orgullo interior, sosteniendo que sólo hay verdadero progreso cuando el mundo marcha hacia algún ideal. Y ¿puede llamarse progreso esto que buscan los psícologos y los físicos modernos, aliviando tal vez con sus descubrimientos de algunas fatigas al cuerpo, á costa de dejar el alma abandonada en un desierto de Sahara moral? ¿Puede reducirse la noción del progreso á una cómoda barbarie de la civilización moderna?

¡No, no! En el mar revuelto de la vida, los pueblos son buques á los cuales, para salvarlos de todo naufragio, una providencia invisible les tiene echado desde arriba un cable de teologismo.

Por eso nuestro siglo, conservando latente la esperanza de una vida trascendente, progresará y será grande á pesar del psicologismo y del naturalismo, que van traduciendo sus siniestras teorías en revoluciones trágicas.

Vendrán como siempre eclipses de horas de las buenas ideas; pero, como el Verbo que las ha encarnado, resucitarán al tercer día; y confiemos en que jamás se perderá la causa

de Dios: éste es para la sociedad lo que el alma para el cuerpo; y como es inútil querer cerrar el paso á la justicia del cielo, tengo la confianza de que, el día menos pensado, el soplo del aliento de algún metafísico aventará las cenizas de muerte del psicologismo que cubren el fuego sagrado de lo absoluto ontológico, y fumigará el mundo moral lanzando á la atmósfera, en forma de incienso, las palabras de «sé bueno y te sentarás á la diestra de Dios padre.»

XIII.

Señores de la sección de literatura y artes del Ateneo de Madrid, unos, idealistas por razón y sentimiento, como los señores Ortiz de Pinedo, P. Sánchez, Pintado, Martos Jiménez, Solsona, Carracido, Soldevilla, y Benito; y otros, espiritualistas también por grandeza de inteligencia y nobleza de corazón, aunque con algunas intermitencias y un poco á regañadientes por fidelidad á una bandera política, como los señores González Serrano, Burel, Acevedo, y Zahonero: al separarme de vuestra compañía, acaso para

siempre, os juro que la memoria de vuestras corteses controversias será uno de los lenitivos de los dolores de los últimos días de mi vida; y la muerte, que espero pronto, sería para mí la mayor de las alegrías si, al dirigir mi postrer plegaria al *Padre Nuestro*, á quien todos los días rezan vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hijas y vuestras hermanas, le pudiera yo ofrecer, en nombre vuestro, que contribuiréis á restaurar el reinado de las ideas ontológicas, oriundas del cielo, dando fin á esta verdadera *Danza Macabra* moderna, en la cual se baila con pies de huesos todavía con médula, pero ya con caras de risa de calaveras, al són del antiguo tema, reproducido por los pesimistas modernos, que dice: «¡Nada hay peor que la vida! ¡Nada hay mejor que la muerte!»

ÍNDICE.

INTRODUCCIÓN.

PAGS.

I. Refutación de una aserción del Sr. Cánovas del Castillo.. 7
II. Comte y Spencer. 10
III. Contradicciones de Comte.. 12
IV. El talento de las mujeres. 13
V. Tema de este resumen.. 17
VI. Superioridad del arte.. 20
VII. Los oradores que han discutido el tema. 21
VIII. Bases para las discusiones futuras.. . . 23
IX. Distinción de los tres principios de las ideas.. 25
X. Plan de este resumen.. 28
XI. Apelación á la benevolencia del auditorio. 29

CAPÍTULO I.

DEL PRINCIPIO DE LAS IDEAS.

I. La noción de ser es el principio de todas las ideas. 31
II. Desarrollo de la idea ontológica de ser. 34
III. Desarrollo de la idea cosmológica de ser. 35

PÁGS.

IV. Desarrollo de la idea antropológica de ser. 37
V Los grandes problemas de la vida, deducidos de los tres credos ideológicos. 41
VI. El ontologismo es el sistema filosófico por excelencia. 43
VII. Mala costumbre de confundir la metafísica con la teología. 44

CAPÍTULO II.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ONTOLÓGICO.

I. El ontologismo. 47
II. El panteologismo. 49
III. El optimismo. 55
IV. El misticismo. 56
V. El deísmo. 58
VI. Superioridad del ontologismo. 59

CAPÍTULO III.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN COSMOLÓGICO.

I. El panteísmo. 65
II Génesis del moderno panteísmo alemán. 67
III. El dualismo. 69
IV. El materialismo. 70
V. El positivismo. 71
VI. Efectos del panteísmo. 72

CAPÍTULO IV.

DEL DESARROLLO DE LAS IDEAS EN EL ORDEN ANTROPOLÓGICO.

I. El psicologismo. 73
II. El índice de los errores modernos . . . 74
III. Filosofía de Santo Tomás. 76

PÁGS.

IV. El cartesianismo enseñado por la Iglesia. 79
V. El racionalismo. 82
VI. El estoicismo. 82
VII. El cinismo. 84
VIII. El eclecticismo. 84
IX. Contradicción de Kant. 85
X. Escepticismo, pesimismo y nihilismo. 86
XI. El ateísmo. 87
XII. Consecuencias del psicologismo. 88

CAPÍTULO V.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LAS CIENCIAS.

I. No hay más ciencia que la metafísica. . 91
II. Diferencia entre la religión y las ciencias. 92
III. Diferencia entre la metafísica y las llamadas ciencias. 95
IV. La dicha no es un problema de física. . 98
V. La dicha es un problema moral. 99
VI. Manía de llamar ciencia á cualquier operación del entendimiento. 102
VII. La metafísica enseña á pensar. 104
VIII. La literatura enseña á expresar. 108
IX. Las futilezas de los escritores serios. . 110

CAPÍTULO VI.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN EL ARTE.

I. Según son las corrientes de ideas metafísicas, el arte es ó superior, ó exterior, ó interior. 111
II. Superioridad de las imágenes comparadas con las ideas. 113
III. La pintura. 115
IV. La escultura. 115
V. La música. 116

PÁGS.

VI. La arquitectura. 118
VII. La dramática. 120
VIII. Psicologismo artístico. 121
IX. El clasicismo pagano. 123
X. Carencia de sentido moral del clasicismo. 124
XI. Esterilidad del arte clásico. 125

CAPÍTULO VII.

DE LA MARCHA DE LAS IDEAS EN LA HISTORIA.

I. Las ideas influyen en la historia por presencia ó por ausencia. 127
II. Leyes históricas de Vico, Bossuet, Montesquieu y Hegel. Teoría del Sr. Menéndez Pelayo sobre la historia. . . . 128
III. Factores que entran en la historia. . . . 132
IV. Políticos no filósofos. 134
V. Los cinco períodos históricos. 136
VI y VII. Falta de ideales del período griego. . . . . 137 y 138
VIII y IX. Falta de ideales del período romano. . . . . 140 y 141
X. El teísmo árabe. 144
XI. Las cruzadas. 146
XII. Idealismo del período histórico español. 146
XIII. Principio de la Reforma. 151
XIV. Esterilidad de la filosofía enciclopédica. 152
XV. Origen de la revolución. 154
XVI. Historiadores de la revolución. 155
XVII. La guillotina. 157
XVIII. Carencia de principios de la revolución. 157
XIX. Política revolucionaria. 159
XX. Organización de la familia. 160
XXI. La diosa Razón. 162
XXII. Rasgos de grandeza moral. 163
XXIII. Fin de los revolucionarios. 165

PÁGS.

XXIV. El primer imperio. 165
XXV. Porvenir de la demagogia. 167

CAPÍTULO VIII.

DEL FIN DE LAS IDEAS.

I. Lo ideal es lo real. 169
II. La endosmosis histórica. 172
III. La endosmosis física. 173
IV. La endosmosis moral. 174
V. La ideología cristiana. 175
VI. Porvenir del panteísmo. 176
VII. Porvenir del psicologismo. 177
VIII. Los teísmos. 178
IX. El darwinismo. 181
X. Razón de ser de las idolatrías. 183
XI. El catolicismo es la única religión que puede ser universal. 188
XII. Resumen de este ideísmo. 189
XIII. Adiós á los socios del Ateneo. 192

86.C15 Q1
Campoamor
El ideísmo